

—Y esta cama ¿por qué está caliente?

—Yo estaba acostada en ella esperando que saliese del consejo para darle un baño de pies; yo sé que todas las noches asiste a eso que llaman consejo, pero no conozco el lugar.

Ello es que en estas pláticas los entretuvo mientras la presunta víctima se salvaba. Desesperado, Lopote al grito de ¡Viva la libertad! ¡muera el tirano! estropeó a la intrépida mujer, e iba a matarla, lo que noblemente impidió otro de los asesinos, Florentino González, echándole en cara su cobardía al maltratar a una mujer; aunque después parece haberse averiguado que esta defensa fue invención de la magnánima mujer para salvar a González de la horca.

Los asaltantes, al no lograr la muerte de Bolívar donde creyeron encontrarlo se retiraban derrotados cuando el oficial inglés Ferguson, edecán de Bolívar atraído por las novedades, llegaba de su casa para ocupar su puesto de honor. Al ver a Carujo comandando la patrulla del escuadrón de artillería le preguntó ¿Qué ocurre, Carujo? La respuesta fue un pistoletazo cuyo proyectil atravesó el corazón del amigo nobilísimo a quien debía el reciente favor de su influencia para ser ascendido a coronel efectivo.

Estos hechos tenían lugar al mismo tiempo que el batallón Vargas, todo de gente leal era atacado temerariamente por una patrulla del escuadrón de artillería. Ya se ha visto que Vargas Tejada y Ezequiel Rojas, apostados en las afueras de la casa del coronel Whittle para asesinarlo o prenderlo, al verlo salir armado se arredran y huyen.

En la casa intermedia entre los dos batallones estaba preso el general Padilla bajo la custodia del coronel Llanero de caballería José Bolívar, esperando ser juzgado por su rebelión en Cartagena. La casa fue asaltada, Padilla y su guardián Bolívar sacados; se quería incorporarlos a los artilleros que ya se replegaban vencidos; mas siendo ya impropcedente, mataron de un tiro al coronel Bolívar. Padilla se ciñe la espada del muerto y con este signo comprometedor le encuentran después en el cuartel de artillería.

El gallardo Urdaneta saca a la plazuela de San Agustín al valiente Vargas, al escuadrón de granaderos reunido con los generales Ortega, París, Herrán, Vélez, el teniente Torrealba del batallón Junín que de arrestado que estaba en el Vargas, al principio de la acción, corrió a prestar sus servicios en su defensa. De allí despacharon por toda la ciudad comisiones para buscar al Libertador. Ya no se oían los gritos de viva la Libertad, murió el tirano, sino de viva el Libertador, que lanzaban las partidas que cruzaban por el puente; pero

temeroso Bolívar de que fuera ardid para atraerlo, no se atrevía a salir de su escondite, en donde llevaba más de dos horas, y mandó a José María que cautelosamente se acercase a los pelotones que pasaban para que se noticiase de la verdad. Reconoce el mozo amigos, les anuncia que el presidente vive, éste sale con gran trabajo del precipicio que lo alojaba, todos vierten lágrimas de gozo al hallazgo del jefe querido, y se dirigen al Vargas.

No había más que una guardia en el cuartel; todos los efectivos estaban formados en la plaza de la catedral y allá se dirigió el pelotón con su precioso hallazgo. “¿Quieren ustedes matarme de gozo después de haber estado a punto de morir de dolor? fue una exclamación con que correspondió a los abrazos y otras mil manifestaciones y alborozo con que lo recibieron sus amigos. Antes de morir la aurora, todo mojado, entumecido y macilento, se retiró al palacio anegado y salpicado de la sangre derramada en la nefanda noche anterior. ¡Venga a mis brazos la libertadora del Libertador! exclamó con ternura infinita al encontrarse con la brava doña Manuelita; que en el Perú sus oficiales, no sin su buena dosis de malicia y chacota, la habían bautizado con el remoquete de la libertadora, que ahora quedaba noble y definitivamente consagrado en lo que a Bolívar concernía.

El excelente don Joaquín Mosquera lo separó del grupo de sus amigos, hizo que se quitara las ropas mojadas, lo excitó a que descansara e hizo que de su casa le trajeran alimentos calientes y confortantes.

En cuanto a los comprometidos en la asonada, casi todos fueron aprehendidos por la acuciosidad de las gentes espantadas por el atentado, y por la diligencia de las autoridades. General fue el grito de horror en todo el país. Luis Vargas Tejada logró escapar de la justicia; pero en su huída pereció ahogado cruzando un río en camino de Casanare.

Y ocurrió algo que dio origen a sospechas lamentables. El general Córdova fue encontrado en medio de la partida de Carujo cuando éste se retiró del palacio. El explicó el caso diciendo que buscando al Libertador después del triunfo se encontró con ella y se le incorporó creyendo que era gente amiga. Según la relación de doña Manuelita, ya desde antes no dejaba de sonar su nombre como revolucionario, y Bolívar se indignó en la misma prima noche del atentado con una mujer que lo colocaba en el número de ellos. La confianza del presidente persistió hasta el punto de nombrarlo ministro de guerra, pero la voz pública siguió señalándolo como uno de los complicados en la preparación de la nefanda noche; y se

dijo, especie que han recogido todos los historiadores, con excepción de Posada Gutiérrez, que escondió en su casa a Carujo, y no lo entregó sino cuando éste prometió decir todo lo que sabía a condición de que se le perdonara la vida; y las especies fueron desarrollándose gradualmente hasta terminar en la sublevación del valeroso joven y su horrible sacrificio en El Santuario.

“Los deplorables sucesos de la noche del 25 de septiembre”, dice Restrepo, “hicieron en el ánimo de Bolívar la impresión más profunda y duradera. Mirábalos como un sueño y decía que jamás había podido pensar que el odio y la maldad de sus enemigos llegara hasta el extremo de irle a asesinar dando este premio a los servicios prestados a la independencia de Colombia, despreciando los que aún podía hacer a su patria, y hollando las preeminencias del primer magistrado sin contenerles el riesgo de sumergir a la república en la anarquía más espantosa”.

La primera reacción del Libertador fue: que se redacte un decreto de amnistía para todos los conjurados, que no quiero saber quienes son, pues me basta saber quién es su jefe, de quien nunca pude sospechar que su odio llegase hasta el extremo de querer quitarme la vida. Redáctese también otro decreto para resignar en el Consejo de Gobierno toda la autoridad que me han conferido los pueblos; que el congreso constituyente convocado para el dos de enero de 1830 se reúna inmediatamente, dictándose todas las medidas al efecto. Una vez sancionadas estas medidas “me iré del país, porque aunque quiero más bien morir que vivir, me importa mucho salvar mi gloria, que es la gloria de Colombia. Que se prepare, pues, todo lo concerniente a mi marcha”.

Pero aunque el consejo estaba inclinado a cumplir estos anhelos, Urdaneta, París, Córdova, todos los militares, se horrorizaron pensando que eso sería entregarlos a manos de sus enemigos. ¿Quién, señor, quién, además, nos queda para que haga frente a la guerra que nos está moviendo el Perú?

No hubo otro expediente. Fue preciso erigir el tribunal que juzgase a los criminales. Urdaneta lo presidía. Los primeros fusilamientos fueron los de Horment, Zuláivar, Silva Galindo y López (Lopote), que se ejecutaron el 30 de septiembre. El 2 de octubre fueron fusilados Padilla y Guerra. Estos fueron sentenciados a la horca; mas no hallándose verdugos que los ahorcaran vivos, se les fusiló primero y se colgaron sus cuerpos inertes. Para abreviar, 14 fueron las sentencias de muerte ejecutadas. Otros reos, Florentino González, Emilio Briceño, Rafael Mendoza, Joaquín Acevedo, Teodoro Galindo y Juan Miguel Acevedo, reos de muerte, lograron la

conmutación de la pena. Otros reos fueron confinados a diversos lugares. La pena capital de Santander fue igualmente conmutada con la condición de que se alejase del país; mas si se presentara sin la autorización del gobierno, la pena decretada sería incontinenti cumplida. Las autoridades, sin embargo, optaron por alojarlo en el presidio de Boca Chica en Cartagena, pensando que al verse libre se trasladaría al Perú a agitar la guerra de esta nación contra Colombia.

“Hallábase en Quito más tarde (1829) el Libertador cuando recibió un memorial. Era de Santander, quien reclamaba que se cumpliesen los términos de la conmutación de su pena y no se le tuviese en el Castillo de Boca Chica. Al saber Bolívar que había una petición de Santander ‘no me la lean’, dijo, Sucre, que se hallaba presente, le observó modestamente, pero con firmeza: ‘General, Ud. tiene el deber de oír a Santander como ha oído a los que le acusan y persiguen’. Respondió el Libertador: ‘No quiero oír lo que me solicita’. Entonces el general Sucre con una voz firme, pero siempre en tono modesto, le contestó: ‘Bien puede Ud., general, desatender a los que recomiendan a Santander y a él mismo; pero advierto a V.E. que quien le pide que sea justo es el gran mariscal de Ayacucho que ha puesto los laureles de Pichincha y Ayacucho sobre las sienes de V.E.’ El Libertador dejó la silla en silencio, se puso de pie, paseó la sala y llamó a Sucre a otra pieza, hablaron en voz baja unas cuantas palabras y volvieron al despacho y me mandó leer la solicitud. Después de que acabé su lectura dijo: ‘Tiene razón Santander en quejarse del mal tratamiento que he convenido. Este hombre lleno de talento y de resentimientos se ha perdido por pasarse a mis enemigos políticos. Resuelva Ud. la petición como lo estime Ud. pronto’. Entonces Sucre meditó: ‘Que se cumpla lo acordado en la conmutación de la pena impuesta, y el secretario general prevendrá al Consejo de Gobierno y el comandante general del Magdalena que salga el general Santander de los castillos y se le envíe a los Estados Unidos o a Europa’. En seguida continuamos el despacho y terminado, se despidió el gran mariscal. Cuando quedamos solos me dijo el Libertador: ‘Solamente Sucre, que sabe la debilidad que tengo para con él, ha podido hablarme así’”.

Esta es la relación dada por Tomás Cipriano de Mosquera, en el capítulo XXVII de su Memoria sobre la Vida de Bolívar. Allí mismo puede leerse el incidente de la deseada presentación de Santander al rey Luis Felipe, que la rehusó alegando, según le advertía el marqués Dolomien, introductor de embajadores, “que pesando

sobre Santander la fea mancha de conspirador contra Bolívar, exigía su majestad que dijese yo (Mosquera) lo que había en esto; porque el rey de los franceses no podía admitir en su palacio a un conspirador para asesinar a Bolívar”.

Para cerrar este capítulo remitimos al lector al apéndice No. 7 que contiene la carta escrita por doña Manuelita Sáenz a O’Leary en relación con los sucesos de la noche del 25 de septiembre (página 547).

Más tarde se colocó bajo la ventana del palacio presidencial que fue la puerta de escape del grande hombre una lápida de mármol con la siguiente leyenda, obra de don Miguel Tovar, humanista, abuelo materno del extraordinario humanista colombiano Miguel Antonio Caro:

SISTE PARUMPER SPECTATOR GRADUM  
 SI VACAS MIRATURUS VIAM SALUTIS  
 QUA SESE LISERAVIT  
 PATER SALVATORQUE PATRIAE  
 SIMON BOLIVAR  
 IN NEFANDA NOCTE SEPTEMBRINA  
 AN. MDCCCXXVII\*

\* *Transeunte que pasas: sean leves tus pisadas, y fugaz tu mirada, para que, así como quedó expedita la senda que condujo a la salvación del Libertador y Padre de la patria, SIMON BOLIVAR, veas desvanecer ante tí la imagen dolorosa de aquella nefanda noche septembrina.*

# Capítulo XXVIII

1828-1829

## INVASORES Y REOS DE LESA PATRIA

### RESUMEN

*La conducta del gobierno peruano con sus libertadores y benefactores – De la suma adulación pasaron los hombres del gobierno a los insultos y procacidades – La carta de Popayán, del 26 de octubre de 1826 era suficiente para hacerlos proceder con nobleza – El genuino pueblo era ajeno a la perfidia de esos hombres – Doble fin que se proponían – La sublevación de la segunda división de Bolivia – Gamarra y sus intrigas – El motín del 18 de abril en Chuquisaca – Sucre corre a sofocarlo y es herido – Delega sus funciones en Urdininea – La adhesión del pueblo a Sucre – Conferencia de Gamarra y Sucre en El Desaguadero – Invasión de Gamarra; discípulo de Hitler: invadir el país “para proteger al mariscal de Ayacucho” – Viril protesta de Sucre contra la irrupción tártara – Gamarra deja caer la careta – Juicio de “El Cóndor” de Bolivia – El pueblo boliviano recuperó sus derechos – Se reúne el congreso constituyente y Sucre se ausenta del país – Todas las tempestades rugen en torno de Bolívar – El pretendido ministro peruano José Villa – Estrechamente vinculado con la oposición a Bolívar – Se le presentan los puntos de reclamo de Colombia – La mala fe revelada al discutir el punto de los reemplazos – Niega la validez del contrato – Por la misma razón que invoca se niega la validez a sus credenciales y se le entregan sus pasaportes – Desborda la indignación del Libertador ante la proclama a los pueblos del Sur y en el manifiesto del gobierno de Colombia – O’Leary nombrado plenipotenciario ante el Perú y es rechazado – La soberbia y autosuficiencia del Perú – López y Obando alzados contra el gobierno al grito de viva la religión, viva el rey de España – Constituidos en barrera que impedía la comunicación de las tropas del Norte con las del Sur – Bolívar había sospechado de la lealtad de Obando y quiso trasladarlo al norte de la república – La perfidia de Obando logró impedirlo – La primera agresión armada – Sucre ofrece al Perú sus buenos oficios: no se aceptan – Bolívar convoca el congreso constituyente para el dos de enero de 1830 y decreta otras medidas administrativas – Sucre al frente de las tropas del Sur – La Mar, infatigado, vomita en Piura un manifiesto contra Bolívar y Colombia – El vicealmirante Guise bloquea la ría y ataca a Guayaquil – Descripción de la batalla por O’Leary – Muerte de Guise – Una carta de Obando, nuevo testimonio del delito suyo y de López, de lesa patria – Bolívar parte para la campaña del Sur – Guayaquil capitula y cae en poder del enemigo – Nuevas propuestas de paz, de Sucre – La Mar las recibe con altivez y Sucre devuelve notas irrespetuosas – La Mar propone condiciones de vencedor – Derrama por los pueblos la seducción del oro Choque de Saraguro – Batalla del Portete de Tarqui – A pesar de la completa derrota Sucre le ofrece una capitulación honrosa – La Mar la rechaza y propone insolentes condiciones de vencedor: exige la entrega de Guayaquil al Perú – Obando y López sometidos pacíficamente – Los peruanos destituyen a La Mar y lo destierran a Costa Rica, donde a poco muere.*

**E**L GOBIERNO peruano no se resignaba a gozar tranquilamente de la independencia que Bolívar y sus legiones colombianas le habían conquistado arrojando los más amargos sacrificios y sometiendo a las mayores penalidades. Entre las más sobresalientes muestras, la traición con que los asechaban y la ingratitud con que les pagaron. Parece como que sintieran su vida libre a la manera de un baldón, de una injuria que pidiese venganza. Aunque no fue tan sólo contra Bolívar este ejercicio de su inexplicable complejo. Recordemos su conducta con el Capitán de los Andes. Después de estimularlo o empujarlo a la injusta empresa de Guayaquil, aprovecharon que el héroe hubiese vuelto la espalda para hacerle una revolución, derrocarlo su gobierno y hacerle insostenible la vida en la tierra para cuyo bienestar había puesto lo mejor de sus intenciones. A este respecto asienta Paz Soldán: “profunda fue su impresión (de San Martín) al saber los atropellamientos de que había sido víctima su primer ministro Monteagudo, fiel amigo y antiguo compañero de glorias e infortunio: se abatió su ánimo al ver la ingratitud con que se trataba al más valiente campeón de los patriotas, pues recibía una lección amarga y un aviso preventivo de lo que se le esperaba”. Habiéndolo obligado a eliminarse, quedaba otra víctima propiciatoria: Bolívar, Colombia y sus legiones.

En el curso de esta obra se ha podido apreciar ya mucho de lo que insinuamos en el párrafo precedente. Resta ver en el presente capítulo las artes de que se valió el Perú para dar un golpe a sus libertadores y salir adelante con sus inveterados empeños de hacer daño a Colombia y apoderarse de parte de su territorio; que ya no tenían en mientes tan sólo la provincia de Guayaquil.

En cuanto el Libertador se ausentó de Lima a consecuencia de la rebelión de Páez en 1826, comenzó su juego la perfidia de sus hombres. De la suma adulación con que creían halagarle presente, crearon—cuando se convencieron de que no volvería—a los insultos y procacidades. Todavía en Popayán el Libertador en esos días, simulaba Santa Cruz amistad en que creyó el Libertador, quien

siguió tratándolo con la cortesía y deferencia de un caballero. Hubiera bastado en gentes bien nacidas la admirable carta del 26 de octubre, de Popayán, para reducir a esos hombres a la nobleza a que si no por gratitud sí a guisa de caballeros estaban obligados. Pero en cambio lo trataban con la más indigna saña en el congreso, en el gobierno, en los periódicos y hojas políticas. Nadie hubiera creído que la víctima era el hombre que más beneficios les había hecho a ellos y al país con su espada de guerrero, con su sabiduría de estadista, y con el resplandor de su gloria nítida y pura.

No nos estamos refiriendo al genuino pueblo peruano. Recuerdese el anhelo con que esperaba la llegada del Libertador en 1823 y cómo para adquirir la adhesión popular que le faltaba, Riva Agüero hizo un llamado al Libertador, al mismo tiempo que tendía sus redes pérfidas que insensiblemente fueron envolviéndolo a él mismo hasta que quedó inextricablemente atrapado en ellas. No debe olvidarse tampoco la espontaneidad de los homenajes con que Bolívar fue saludado y agasajado por todo el ancho ámbito de la nación.

¿Qué objeto preciso se proponía el gobierno peruano? Era doble: anexarse a Bolivia e invadir y anexar territorios sureños de sus libertadores. El atropello de Bolivia implicaba inutilizar la cooperación de las fuerzas colombianas allí estacionadas en defensa del Sur de Colombia a donde sus miras ridículas de conquistadores los llevaban igualmente.

El plan meditado por el gobierno peruano hubiera sido de favorables resultados si los hombres a quienes había de enfrentarse no fueran los que estaban acostumbrados a vencer hasta a los elementos naturales cada vez que intentaban oponérseles; si los oficiales con quienes tenían que medirse no hubieran probado ser los más grandes generales que ha tenido América, formados por aquél rayo de la guerra que se llamaba Simón Bolívar; y si los pueblos a quienes pretendían sojuzgar no fuesen los que recibieron la formación patriótica de su ejemplo y de su prédica.

Los primeros atentados peruanos se dirigieron a corromper la disciplina y lealtad de las tropas, que sin ella no habrían podido darles la autonomía.

Con ser dañosa a la segunda división la rebelión de López Matute, no lo fue tanto como la sublevación del batallón Voltígeros en la Paz el 24 de diciembre. Llamado a Bogotá el general José María Córdova a responder en juicio incoado contra él, quedó encargado de su división, la segunda división auxiliar, el general Mi-

guel Antonio Figueredo, a quien faltaban muchas de las dotes que adornaban al joven a quien tanto renombre dio la célebre carga de Ayacucho y su grito de guerra.

Aprovechándose de esa coyuntura, Gamarra apostado en Puno con un ejército de 4,000 hombres, atizó por medio de sus quintas columnas, el fuego de la rebelión en el batallón Voltígeros, cuyo admirable comandante, coronel Trinidad Morán, había sido exonerado por el jefe de la división. El sargento Grados fue el agente inmediato de la sublevación. Los persiguió el coronel Braun, así que cuando Sucre se trasladó de Chiquisaca—donde se hallaba a la sazón—a la Paz, ya Braun los había dispersado con tropas bolivianas que el mariscal tenía el empeño de formar, cuando los rebeldes estaban a punto de tomar el camino del Perú. Así terminó el famoso batallón Voltígeros formado de soldados venezolanos, manchando la gloria adquirida en las épicas luchas de la independencia.

Y la intriga de Gamarra no se saciaba. El tenía una meta fija: desplazar a Sucre y hacerse dominador del altiplano. Pero ¿por qué poner en práctica semejantes artes haciendo propaganda contra la permanencia del “extranjero” Sucre en Bolivia, si el gran mariscal de Ayacucho había anunciado que el 6 de agosto cesaría irrevocablemente su mandato, si todos lo sabían y a nadie era dado dudarlo? Acaso el peruano comprendía que en lid cívica pura no tenía seguridad de alcanzar esa meta; de todos modos obedecía a una consigna y había de cumplirla de la única manera posible: la hipocresía y el disimulo.

Sus agentes, concurrentes también con agentes argentinos, perfeccionaron para la acción la obra infernal. Caínso se nombraba el sargento argentino que con el peruano Victorio y con otro sargento peruano pusieron sus ojos en la pequeña guarnición de Chuquisaca. Manos a la obra. El motín reventó en la madrugada del 18 de abril (1828). El comienzo fue el asesinato del coronel Contreras, jefe de la guarnición. Sucre monta su corcel que en jornadas épicas lo había llevado al triunfo y a la gloria; le acompañan en la ocasión 5 subalternos: el ministro Infante, los comandantes Escalona y Andrade y dos oficiales más. Con su acostumbrado denuedo entra en el cuartel y un grupo de soldados que encuentra al paso illos infames parricidas! le hacen una descarga cerrada. El brazo derecho del gran mariscal quedó destrozado, horadado el sombrero, herida levemente la cara. Escalona mata de un lanzaso al criminal que halla más cerca, y él mismo es herido en el hombro. El caballo, desacostumbrado a estas escenas de infamia y de vergüenza, extraña la escena, se encabrita, y para salvar la noble carga impo-

tente ahora para dominarlo, echa a correr desbocado y no para hasta llegar a la caballeriza en el palacio.

¿Qué ocurre? Se preguntan las gentes en su mayor parte ignorantes del acontecimiento, sorprendidas luego de que el presidente querido, el organizador del país, el hombre bueno y venerado, el militar manso y sin tacha sea conducido así bañado en sangre.

La grave herida imposibilitaba a Sucre para el ejercicio del mando, y hubo de delegar sus funciones en el general José María Pérez de Urdininea, presidente del Consejo de Ministros.

El amor del pueblo boliviano a su presidente resaltó con elocuencia admirable en esta coyuntura: Todos se desvivían por visitarlo, atenderlo, consolarlo, con mucha especialidad damas de la más alta posición.

En carta al Libertador manifiesta Sucre el 27 de abril: “Esta ciudad estuvo en perfecto desorden, porque para completar el mal llegaron de las provincias seis mil pesos para la tesorería y gran parte la invirtieron los facciosos en emborrachar y gratificar a los cholos. Tal estado de confusión duró cinco días, mientras el coronel López vino de Potosí. Los sublevados hicieron un momento de resistencia el día 22; pero por la trade abandonaron la ciudad y dispersos andan por las inmediaciones excepto unos 30 granaderos que se han dirigido a la provincia de Tomina. . . . Debo decir en honor de Chiquisaca que ninguna persona de responsabilidad se ha mezclado en este alboroto y que en medio de los malvados mi casa estaba día y noche llena de las personas decentes”.

Desde que Sucre observó que Gamarra acumulaba tropas en la frontera, sospechando algo desagradable tuvo con él una conferencia en el Desaguadero. ¡Nada debía temer el mariscal; las intenciones del peruano nada tenían de hostiles!

No corresponde a este libro el detalle minucioso de todos los incidentes de esta sublevación, pero como estamos reseñando la perfidia que conducía a Gamarra, diremos que éste se movió con sus 5,000 hombres al tener noticias de los acontecimientos, e invadió a Bolivia “para evitar el mal de que el país quede a merced de los facciosos y asegurar la vida del gran mariscal de Ayacucho que para los peruanos es del más alto aprecio”. Gamarra es otro anticipado discípulo de Hitler.

Por su parte Sucre desde su lecho de enfermo hace una viril protesta contra el atentado del peruano: “. . . . .En fin, general, agradeciendo a Ud. la señal de gratitud a mis servicios al Perú, viniendo a interponerse con su ejército entre los asesinos y

mi persona, espero que para cumplimiento de este testimonio de aprecio regrese Ud. al Perú. Preferiría mil muertes antes de que por mí se introdujese en América el ominoso derecho del más fuerte. Que ningún pueblo americano dé el abominable ejemplo de intervención y mucho menos de hacer irrupciones tártaras. . . . .”

Pero Gamarra siguió el camino que se había trazado y llegó a La Paz, donde dejó caer la careta. Dio una proclama: Su ánimo al invadir el país era “sólo salvarla de la ambición de dominadores extranjeros que no habían hecho otra cosa que cambiar las cadenas de los altoperuanos por otras acaso más fuertes que las de los españoles; y sujetos a mercenarios ambiciosos sólo había servido de juguete a sus ideas: el Perú no había podido por más tiempo ser indiferente a las desgracias de Bolivia”. Tales fueron las palabras de Gamarra. A este efecto cita Carlos Héctor Larrazábal el juicio de el Cóndor de Bolivia: “Sin esos extranjeros que gratuitamente se calumnian, el Perú fuera hoy esclavo de los españoles, y quien sabe cuantos otros como Torre Tagle los habrían ayudado a asegurarlos en el vasallaje de Fernando VII. Sin ellos, Bolívar y Sucre, el general Gamarra no tendría ni empleos ni rentas, ni rango, ni la capacidad de mostrar la ingratitud de su corazón. Acusaciones bajas nada significan: cítense los actos en que los auxiliares han cortado las libertades de Bolivia, mientras que los peruanos en el momento en que nos han visto sin el apoyo de los auxiliares nos vienen a imponer preceptos”.

Para decirlo brevemente, el pérfido peruano logró más tarde su objeto de ocupar la presidencia, debido a debilidades, torpezas y traiciones de algunos bolivianos corrompidos por el oro peruano; pero su triunfo no tuvo la estabilidad con que soñó, porque el pueblo boliviano, pasado el primer momento de estupor se irguió patrióticamente y recuperó sus derechos.

Como lo había prometido reiteradamente, el gran mariscal se preparó para entregar el poder al congreso constituyente el 1o. de agosto, fecha para la cual estaba convocado. No pudo reunirse por no haber ese día el quorum reglamentario, por lo que Sucre optó por entregar al presidente del congreso en presencia de testigo el digno mensaje que tenía preparado, y partió el mismo día 2 de agosto. Tomó camino para Colombia en dirección a Cobija. Simultáneamente se alejaban del Perú los últimos restos de las tropas auxiliares. Llegó a Guayaquil el 19 de septiembre.

No es vana la prolongada digresión que precede sobre asuntos de Bolivia y gestión de Sucre en esa república. La vida de Bolívar

no puede circunscribirse a un lugar, su sitio se proyecta por toda la América como su pensamiento.

Hemos visto que mientras el peruano Santa Cruz se correspondía con el Libertador en son de amigo y recibía de él el testimonio de amistad y las más francas manifestaciones de amor hacia el Perú hasta el punto de renunciar a todo interés en adopción de la constitución boliviana, él y sus secuaces estaban afilando los puñales destinados a obrar en la desmembración de Colombia y anexarse parte de su territorio. Hemos visto también cómo quebró el Perú la disciplina de la tercera división, como paso inicial para debilitar nuestra frontera, y acabamos de reseñar los vergonzosos episodios de que Gamarra fue agente para anular cualquiera ayuda que pudieran tener sus libertadores en Bolivia y los auxiliares allí acantonados, en el premeditado plan de conquista.

Bolívar con sus ojos de argos abarcaba el total ámbito de su obra mientras todas las tempestades zumbaban alrededor de su cabeza: ya es la impaciencia de los santanderistas por atrapar el poder y los destinos públicos, los que adoptaron el apelativo de liberales para enfrentar al artífice de la libertad de Colombia, del Perú y Bolivia; ya el estigma de tirano y déspota para aquél a quien no podía señalarse un solo acto de crueldad, una sola injusticia, un solo momento de avasallamiento, una sola persecución injusta o de avasallamiento de los poderes públicos; ya la disolvente conducta de Páez a efecto de romper la unidad de la república, obra carísima a su corazón y uno de los más sólidos fundamentos de su gloria y de la estabilidad de su obra; ya la amenaza del rayo de la reconquista que como empinada flecha de acero atraían las rencillas injustificadas de los caudillos; ya es Padilla, el esforzado marino cartagenero, que despedaza su gloria despedazando la disciplina; ya la feria de pasiones de Ocaña; ya la grito de dictador en sentido figurativo cuando se ve obligado a regir el timón del estado con brazo robusto y desplegar o replegar sus velas, según la conveniencia pública y de acuerdo con el mismo artículo 128 de la constitución de Cúcuta; ya su gloria amenazada por escritores europeos que recogen el eco de sus ambiciosos enemigos americanos; ya, en fin, los parricidas episodios de la noche septembrina que hirieron su alma de infinito desconsuelo y minaron su cuerpo de incurable enfermedad que irremediablemente fue conduciéndolo al sepulcro. "Nadie es grande impunemente", había dicho, y le era forzoso expiar su grandeza.

Pero no le abatía ningún soplo de las alas de estas tempestades, cada una de las cuales configuraba un huracán devastador.

Ahora le tocaba el turno a la temeraria conquista intentada por el Perú.

Había enviado a Bogotá ese país so pretexto de ministro plenipotenciario y enviado extraordinario a un José de Villa ya mencionado, a quien Bolívar conocía como antiguo godo que ejerció sus artes al lado del ministro de Torre Tagle, don Juan de Berindoaga, ejecutado por traidor en virtud de sentencia judicial. El 11 de febrero de 1828 llegó a la capital, pero Bolívar no quiso recibirlo ni privadamente ni en audiencia pública: no era necesario, dijo, basta que se entienda con el ministro de relaciones exteriores y ventile con él los puntos que trae el encargo de discutir. De sobra conocía el Libertador, bien enterado de las mañas de esos políticos, el verdadero encargo que traía entre manos. Ignoramos, aunque parece claro, si no existía entonces la práctica de pedir previamente el sacramental pláacet de hoy; pero no hay duda de que el procedimiento del Libertador, contra toda práctica diplomática, tenía que ofender al supuesto ministro; y no dejó de ser censurado por algunos miembros del gabinete. Pero como Villa traía en realidad una misión disociadora, no se volvió a su patria como era lo procedente y digno, antes por el contrario, pronto se le vio estrechamente vinculado con los elementos de la oposición a Bolívar. Se dijo entonces que traía, entre otros, el encargo de ofrecer a los liberales el apoyo del Perú.

El ministro de relaciones exteriores de Colombia planteó a Villa los asuntos de controversia y las quejas de Colombia contra su país: la indebida incautación de las provincias de Jaén y Mainas; el haber repatriado los cuerpos de la tercera división sin aviso previo y a puertos no indicados por Colombia; la expulsión de su agente en Lima; las prisiones y vejaciones a ciudadanos colombianos en Lima; la denegación de tránsito por territorio peruano a los cuerpos de la división auxiliar que estaban en Bolivia; el estacionamiento de un fuerte ejército en las fronteras de Colombia; el no haber dado cumplimiento a la cláusula contractual de los reemplazos; el no haber satisfecho la deuda del Perú por los gastos de Colombia para la consecución de la independencia de la república. Mas las discusiones, que duraron cuatro meses, a nada condujeron sino a agriar más las relaciones por la aspereza con que se condujeron de una y otra parte. Decimos mal, sí dieron un resultado elocuente, y fue demostrar la mala fe peruana. Porque llegado a considerarse el punto de los reemplazos que el gobierno peruano debía satisfacer a Colombia, los cuales debían llenarse con peruanos, de conformidad con el tratado firmado en Guayaquil en 1823

entre los generales Juan Páez del Castillo, plenipotenciario de Colombia y Mariano Portocarrero, plenipotenciario del Perú, declaró Villa que su gobierno no estaba obligado a proveerlos porque no existía contrato. Mostrándosele el documento arguyó que era nulo y sin valor alguno, por que Portocarrero no había sido nombrado con aprobación del congreso, condición exigida por la constitución.

En el asombro por semejante indelicadeza nacional y tamaña falta de fe pública se buscó contra el personaje un argumento ad hominem: ordenó Bolívar que se examinasen de nuevo sus credenciales, y como en ellas no constase haberse expedido con el acuerdo del congreso como era de ley, se le negó su calidad de plenipotenciario y se le entregaron sus pasaportes.

El Libertador tascaba en silencio el freno de su indignación ante tanta ingratitud y perfidia; su ánimo, no obstante, hervía de indignación ante los insultos y calumnias de todo género irrogados a su persona generosa. Acaso le retenían de estallar las consideraciones de penuria del país, la consiguiente impopularidad de una contienda armada y el deseo de que propios y extraños no tomasen una declaración de guerra por signos de ambición que era una de las acusaciones con que lo señalaban. Pero al fin habría faltado a su deber si poniendo el dedo en la llaga, no hubiese colocado al país en estado de alerta al conocer la pérfida invasión de Bolivia por Gamarra y los preparativos públicos y subrepticios innegables para la invasión de Colombia: y ahora, el 3 de julio, ante informes de Flores y Sandes que los hubieron del doctor Margucio, se desbordó de su pecho el grito de protesta y alerta: *“A los pueblos del Sur: ¡Ciudadanos y soldados! La perfidia del gobierno del Perú ha pasado todos los límites y hollado todos los derechos de sus vecinos de Bolivia y de Colombia. Después de mil ultrajes, sufridos con una paciencia heroica, nos hemos visto al fin obligados a repelar la injusticia con la fuerza. Las tropas peruanas se han introducido en el corazón de Bolivia sin previa declaración de guerra y sin causa para ella. Tan abominable conducta nos dice lo que debemos esperar de un gobierno que no conoce las leyes de las naciones ni las de la gratitud, ni siquiera el miramiento que se debe a pueblos amigos y hermanos. Referiros el catálogo de los crímenes del gobierno del Perú sería demasiado y vuestro sufrimiento no podría escucharlo sin un horrible grito de venganza; pero yo no quiero excitar vuestra indignación ni avivar vuestras dolorosas heridas. Os convido solamente a alarmaros contra esos miserables que ya han violado el suelo de vuestra hija, y que intentan aun profanar el seno de la madre de los héroes. Armaos colombianos del Sur. Volad a las*

*fronteras del Perú y esperad allí la hora de la vindicta. Mi presencia entre vosotros será la señal del combate”.*

Y en el manifiesto del gobierno de Colombia detalla el 20 del mismo mes de julio, todos los agravios, provocaciones y actos hostiles y bélicos del gobierno vecino que justificaban la actitud de guerra adoptada. Del extenso documento destacamos: “. . . . .  
. . . . . *Inmortales victorias coronaron sus esfuerzos (de los colombianos): el congreso se reúne entonces, manifiesta la gratitud de la nación; y no juzgándola libre aún del influjo de las facciones y del poder de la anarquía, invoca nuevamente a Colombia y solicita de ella una división auxiliar. Conviene esta república en que sus tropas permanezcan en el Perú, y las tropas colombianas mantienen el orden y aseguran la tranquilidad. El gobierno del Perú comienza aquí sus agravios: sin reconocer el beneficio que estaba recibiendo, y olvidándose de todo sentimiento honroso y noble, paga a Colombia seduciendo a los auxiliares, infundiendo el espíritu de rebelión y haciendo que depusiesen a sus generales y que se declarasen árbitros de la suerte de su patria. Es imposible dudarlo: militares tan subordinados como los colombianos, acostumbrados a obedecer a sus jefes, a respetar a su gobierno, y a quienes no eran indiferentes el honor y la gloria, sin una seducción muy fuerte, sin alicientes que sólo podrían venir de parte de los mandatarios del Perú, y sin contar con la protección eficaz de éstos, no se hubieran atrevido a faltar a su deber, a marchitar sus laureles y perder su reputación.*

*“Violada la fe de la amistad a que se habían confiado el buen orden, la disciplina y subordinación de aquellas tropas, ya no se detuvo el gobierno del Perú para obrar hostilmente contra Colombia. Formó el proyecto de apoderarse en profunda paz de los tres departamentos meridionales; y para que la ofensa fuese más grave y el ultraje más doloroso, resolvió valerse para esta empresa de los mismos cuerpos colombianos a quienes encargó el sacrilego atentado de despedazar a su patria.*

*“El agente de la república tuvo noticia de la venida de las tropas cuando estaban ya embarcándose; reclamó entonces y protestó fuerte y enérgicamente de cuanto se hacía; mas su reclamación fue desatendida y sus protestas no tuvieron más resultado que el de que se le persiguiera con encarnizamiento hasta expelerle del país en el término de 18 horas con ignominia y afrenta conduciéndolo a bordo con una escolta y manteniéndolo preso en un buque de guerra sin causa, sin motivo y sin una apariencia siquiera de culpabilidad. La representación de Colombia fue ultrajada atrocemente en la persona de su agente, y hasta ahora no ha visto este*

*gobierno satisfacción alguna por esta horrenda violación de la ley de las naciones.*

*“Restablecido el orden en los departamentos meridionales, los traidores que lo habían trastornado, huyendo de la vindicta nacional se han refugiado en el Perú, y no sólo se les ha acogido sino que se les han tributado elogios por su traición, por su maldad y por su perversa conducta.*

*“El vicepresidente de esta república remite a uno de sus edecanes con el encargo de presentar al presidente de Bolivia la espada que le decretó el congreso de Colombia y es también detenido en el Callao. Pasa a Lima y pondéransele riesgos en el camino, no se le permite pasar adelante y se ve precisado a volverse dejando allí la espada y la comunicación de que iba encargado. El Perú estaba en guerra con Colombia, sin haberla declarado, y Colombia en paz y queriendo cultivar la amistad con el Perú”.*

El manifiesto sigue detallando los agravios, y entre ellos menciona la conducta del ministro Villa, a quien se envió creyendo con ello adormecer la vigilancia colombiana: *“Sin instrucciones ni poderes para concluir cosa alguna anunciándole (al gobierno) que el objeto de su misión era dar satisfacciones por los agravios de que tenía quejas, y que el mismo gobierno del Perú supuso haber irrogado sin que se hubiera hecho reclamo alguno. . . . . No desconoció el gobierno la trama que se urdía y el fin con que se le envió ese ministro; pero lo admitió, no obstante, para manifestar hasta qué punto llegaba su deseo de paz y conciliación. Se le propusieron los motivos de queja y se le indicaron las satisfacciones que pedía este gobierno; y el ministro se declaró abiertamente sin instrucciones para convenir en la liquidación y pago de lo que adeuda el Perú a Colombia en razón de los suplementos que se le hicieron, y para tratar de la devolución de la provincia de Jaén y parte de Mainas que el Perú tiene usurpadas; negó el convenio en virtud del cual fueron las tropas colombianas al Perú, y por el que se estimuló solemnemente por aquel gobierno el reemplazo numérico de las bajas que sufriesen los cuerpos, y en vez de dar satisfacciones en cuanto a los demás cargos los hizo más graves aún, prodigando injurias e insultos al jefe de gobierno, a los generales de Colombia, a sus tropas y a todos los colombianos. . . .”*

Los movimientos hostiles se agravan ahora con el alzamiento de Obando y López. Este último había sido uno de los encarnizados adversarios de Bolívar en la fracasada convención de Ocaña, y el encargado de promover la revolución en el Sur de Colombia.

Para asegurar el éxito feliz de la intentona contra el gobierno nadie más a propósito que su compañero de empresa, José María Obando, que tanto prestigio cobró como guerrillero realista de Pasto y alrededores antes del momento en que cambió de milicia y ofreció sus servicios al Libertador, quien los acogió y dio servicio en las filas republicanas. Ahora Obando, unido a López, fácilmente atrajo a su bando a los inconquistables pastusos al grito de ¡viva el rey de España! ¡Viva la religión! Estimulados y ayudados a mayor abundamiento por el oro peruano, según paladinamente confesó Obando y según era público y notorio, constituían una barrera bien difícil de franquear a las fuerzas colombianas que pretendiesen correr de norte a sur en defensa de las provincias invadidas.

No bien seguro el Libertador de la lealtad de Obando por él nombrado antes gobernador de Pasto, había dado instrucciones a Mosquera para que lo hiciese seguir a Bogotá. Iba a destinarlo al Norte; pero el caudillo pastuso, que tenía ya sus tratos con los peruanos, se empenó con Mosquera para que representase su adhesión y buena conducta ante Bolívar; Mosquera tuvo la debilidad de escucharle y el resultado fue la traición con que se apoderó de Popayán y cayó sobre las fuerzas de su amigo. Este alzamiento tuvo lugar el 12 de octubre (1828) y fue anunciado la víspera por la prensa de Lima.

La suerte estaba echada. Es un hecho la guerra de Colombia con el Perú. Bolívar desea, sin embargo, llevar hasta el extremo las pruebas de que no quiere derramar una sola gota de sangre, que anhela por una situación de paz honrosa, y nombra a O'Leary ministro con facultades plenas ante el gobierno del Perú; pero este lo rechaza: se siente superior a Colombia, tiene la persuasión de sus recursos, por mucho superiores a los de su rival; confía en el número preponderante de sus tropas, quiere la guerra de conquista con que viene soñando hace tiempo, que protesta tiene por objeto restablecer en Colombia el imperio de la constitución y librarla de la tiranía de Bolívar: el mismo pretexto con que promovió la traición de la tercera división y la condujo al Sur de Colombia; la misma causal que dio Gamarra para promover el motín de Chuquisaca e introducir su ejército en Bolivia después de haber asegurado al gran mariscal en la conferencia del Desaguadero que su ejército en la frontera no tenía ningunas intenciones bélicas. ¡El Perú se había convertido en desfacedor de entuertos y sostenedor de la constitución y libertad de sus vecinos y vengador de sus "tiranos", y para esto tenía un ejército de 8,000 hombres y sometía a su país a gastar ingentes sumas de dinero.

¿Qué significan esos retumbos de cañón que se escuchan en la ría de Guayaquil en este día 31 de agosto de 1828? Que vayan a averiguar la novedad la goleta Guayaquileña y la corbeta Pichincha gobernadas por el capitán de navío Tomás Wright. ¿Qué pasa? pregunta este al oficial que rige la corbeta peruana La Libertad: una cobarde descarga fue la respuesta, que afortunadamente no hirió al leal oficial inglés. Estaban hechas las primeras descargas del Perú en la contienda provocada por él contra la tierra de sus libertadores. En seguida se desarrolló un combate naval entre La Libertad y la Guayaquileña, pues La Pichincha se abstuvo de participar. Nuestra goleta a pesar de su inferioridad sostuvo el honor nacional hasta que se vio obligada a retirarse así como la Pichincha, de quien dice Restrepo que “no tomó parte por su poco andar o por mala voluntad”. He aquí, repetimos, la primera agresión de hecho.

El 10 de septiembre llega al Callao la fragata Porcospín trayendo a su bordo al gran mariscal de Ayacucho que regresaba de Bolivia. Sucre ofrece al Perú sus buenos oficios para arreglar pacíficamente las diferencias entre las dos repúblicas. “Sus servicios no pueden ser fructuosos porque Bolívar se ha negado a recibir a nuestro plenipotenciario”, fue la respuesta orgullosa y prepotente.

El Libertador en Bogotá, es como una antena receptora de todos los movimientos que sacuden al país. Los partidos internos son volcanes prontos a devorar su obra generosa; el odio y la envidia llevan al partido “liberal” a disolver la unión colombiana, y si no logra su objeto clava en su corazón daga tan envenenada, que desde entonces se le vio declinar en su salud a tal punto, dicen sus biógrafos, que no era capaz de cabalgar tres horas seguidas; España, con el oído agudo y el ojo avisador, encuentra argumentos para prepararse a la invasión y reconquista que viene meditando, y rechaza desdeñosa los empeños de Inglaterra, Francia y Rusia para que dé por terminado su estado de guerra con sus colonias; y ahora la novísima campaña a que le obliga el honor nacional, su integridad y su seguridad, en medio de la penuria del estado. ¿De dónde extraerá recursos, cómo atender a tantas necesidades para sacar airoso la patria del abismo en que parece pronta a sumergirse?

Desde luego no omito nada atañadero a la administración, a la guerra, a su gloria, y dicta decretos para la reunión del congreso constituyente el dos de enero de 1830, como lo prometió al aceptar la dictadura que le ofrecieron los pueblos, y medidas para aliviar la situación de los indígenas y providencias para aumentar el ejército a 40,000 hombres que lo habiliten para hacer frente a la

mencionada invasión de Fernando VII y la ya corriente invasión peruana. Hércules no gravó su vida con iguales ni parecidas empresas.

Pero no hay tormenta que quiera pasar sin sacudir el ánimo del padre de la patria y precisamente para ese tiempo ruge y estalla la del 25 de septiembre con sus incidencias y consecuencias que hemos narrado extensamente en el capítulo anterior. ¿Qué tirano no habría anegado en sangre la capital después de atentado semejante, para ejemplo y escarmiento? El "tirano" Bolívar ejerció su poder perdonando y defendiendo a muchos de los conjurados, y prescindiendo absolutamente de influir en el tribunal que los juzgó. Sólo se derramó la sangre de 14 de los más malvados; de otro modo los atentados se habrían repetido: tal era la saña de los "liberales". La carta de Manuelita Sáenz sobre los sucesos dirigida a O'Leary es un precioso testimonio del corazón de este hombre incomparable.

No obstante los grandes servicios prestados por el general Juan José Flores en las provincias del Sur, en el alistamiento, entrenamiento y excelente organización e inculcación de la disciplina y espíritu militar de las tropas, y que era bastante la probabilidad de buen éxito en la campaña que se avecinaba, la presencia del gran mariscal de Ayacucho al frente de las tropas constituía no sólo una probabilidad, sino seguridad absoluta de triunfo, así es que Bolívar no vaciló en nombrarlo jefe superior de los departamentos de Guayaquil, Ecuador y Asuay y luego general en jefe quedando Flores sometido a sus órdenes. Este no hizo objeción.

La Mar se embarcó el 13 de septiembre para ponerse al frente del ejército peruano, y al llegar a Piura vomita un manifiesto de insultos contra el Libertador. Lo mismo había hecho en Tambo Grande. Infatuado andaba el traidor a la patria contando con su superioridad naval y su abundancia de recursos de toda clase. No se percataba de que tenía que enfrentarse con Antonio José de Sucre, aquel hombre íntegro como ciudadano, leal a la patria y a la libertad, el que ganó, a más abundamiento, la famosa batalla de Ayacucho en la que La Mar fue el único general que estuvo a punto de ser derrotado con su división, y lo fuera sin el oportuno apoyo de José María Córdova y su división ya vencedora.

Envalentonados los peruanos, decimos, y lleno de soberbia y de odio el vicealmirante Guise, echa a andar su escuadra para bloquear la ría de Guayaquil. Colombia carece de escuadra que oponerle: maniobraba con seguridad completa, y el bloqueo que

estableció aumentó la pobreza en Guayaquil porque paralizó el comercio y privó al departamento de los proventos aduaneros.

¡Magnífico! piensa Guise. ¡Adelante! Guayaquil será mi próxima presa: con unos cascos miserables por escuadra, unos vivientes esqueletos por ejército, unos tubos viejos y herrumbrados por cañones, sin recursos de ninguna clase, que allí puedan resistirme. . . . Todo esto sería verdad “en el papel”, como vulgarmente se dice; pero quizás no sabía, o si sabía, despreciaba la presencia de sus paisanos Illingworth, O’Leary y Wright, y de Sandes y Pareja, Letamendi, Luque, Villamil, Luzárraga, etc., y sobre todo estaba muy engañado acerca de la lealtad del pueblo de Guayaquil.

Y el intrépido inglés enfila hacia la ciudad poniéndose frente a la batería de Las Cruces, que rompió el fuego contra el invasor.

Pintorescamente el primer día de la acción escribe O’Leary a Flores: “. . . . . Trabajo perdido. La Prueba contestó pum, puum, puuum; adiós cadena en que fincábamos nuestra esperanza para defenderla. Un viento fresco y una corriente rápida auxiliaron a los enemigos.

*“Wright pudo salvar sus buques; su intrepidez no logró más, pero como los partos se retiró batiéndose . . . . . No sé todavía a cuantos muertos y heridos hemos tenido. Todavía dura el fuego, y algunos borrones de esta carta lo confirman, pues mis nervios son más delicados que los de un llanero.*

*“No bastó la retirada de nuestras tropas; el bárbaro enemigo tiró sobre las casas del pueblo inerme. . . . .”*

Al día siguiente, 23 de noviembre, siguieron las hostilidades, que duraron hasta el 24, cuando quedaron bien escarmentados los enemigos y perdieron al hábil marino y valiente oficial que los conducía, el vicealmirante Martín Jorge Guise, que él sólo valía por una escuadra.

Con lo que antecede basta para comprender la hoguera en que ardían las pasiones sin gobierno de los pretendidos “defensores de la constitución y la libertad de Colombia”.

Pero no queremos pasar adelante sin referimos otra vez a los cooperadores de La Mar y su guerra de conquista.

De carta de José María Obando, del 28 de noviembre, a Vicente Micolta, destacamos como muestra los siguientes párrafos entre tantos que podían presentarse: “Yo marchó a llevar elementos de guerra a Pasto, para evitar el que Flores tenga ese

*apoyo en su retirada y para poner a cubierto todo el departamento a tiempo que apoyo las operaciones del ejército del Perú, que contemplo ya muy cerca de Quito.*

*“Al coronel Borrero le he encargado la organización y seguridad de aquél puerto para estar en comunicación con el general La Mar que en persona manda el ejército auxiliar. Importa sobremanera que escribas tú a dicho general dándole cuenta de mis operaciones, le acompañes esta carta y remitas todos los papeles públicos que se han dado en Popayán y hayan llegado a tus manos, pues interesa que sepa estas ocurrencias para que abrevie sus movimientos.*

*“Escríbeme siempre y sobre todo empéñate en mandar avisos al ejército del Perú. El coronel López queda encargado del departamento durante mi ausencia: yo regresaré dentro de 15 días, y bien pronto nos saludaremos con la gloria del triunfo general en toda la república, parte Dios amigo”.*

¡Y estos reos de lesa patria, José María Obando y José Hilario López, salpicados además indeleblemente con la sangre del más puro de los guerreros y el más noble de los hombres, el Gran Mariscal de Ayacucho, fueron más tarde presidentes de la patria que pretendieron entregar al pirata extranjero!

Volvamos al Libertador, a quien la interpuesta sublevación de esos traidores a la patria no permitía llegar noticias adecuadas y oportunas de los acontecimientos. Desde la hacienda de Boyacá al occidente de la capital, donde residía ahora pues desde la noche septembrina lo prefería a estar en medio del hervidero de Bogotá, dictaba sus providencias. Después de organizar la defensa de la costa contra la anunciada invasión española y de terminar la organización del Consejo de Ministros que había de substituirlo en sus funciones durante su ausencia, estableció normas precisas para el servicio público, —pues con el cariz que tomaban las cosas era indispensable su presencia en el Sur—, partió para Boyacá en los últimos días de diciembre, acompañado de la división Córdova, el batallón Granaderos de la Guardia y el escuadrón Dragones del Zulia. Según su costumbre hace sus jornadas hasta Popayán, adonde llega el 23 de enero, atendiendo y procurando la mejora de la administración y el bienestar de los pueblos por todas partes; y mientras Obando y López mediante proclamas y actos compulsivos procuran adeptos para la contienda, el Libertador busca medios de conciliación sin conseguirlos. Ordena mientras tanto los movimientos de sus tropas. Una capitulación con los invasores propuesta por el capitán Illingworth pone al enemigo en posesión

de Guayaquil, capitulación indicada por el jefe de la provincia con el fin de evitar la pérdida de toda ella.

Sucre por su parte al frente del ejército colombiano, obedeciendo a sus naturales impulsos y siguiendo las directivas de Bolívar, pretende arreglar pacíficamente con La Mar. A tal punto llega el deseo Colombiano de conciliación y ahorro de sangre, que no vacilan en adoptar los dos grandes caudillos una postura con los invasores de su patria, que los hace aparecer como humillados ante el agresor proponiéndole arreglo. El infatuado La Mar, como antes con O'Leary, contesta con arrogancia negándole a Bolívar los títulos ganados con el ministerio de su espada, la aclamación de los pueblos y las leyes de Colombia y el mismo Perú. Sucre devuelve los pliegos irrespetuosos e insiste en las propuestas de avenimiento; el traidor se juzga vencedor e impone condiciones; su punto de mira es humillar a Colombia, su propia patria, superar al Libertador, cuya gloria lo desvela, hacerse digno del premio que está seguro de conquistar con los 10,000 hombres a quienes Colombia no puede oponer sino 4,500 esqueletos. Pierde de vista que a la cabeza de los soldados que desprecia, libertadores de Colombia, Perú y Bolivia, dominados por la suprema inspiración de Bolívar conducidos por Sucre, casi tan grande como éste, y Flores valiente como soldado, inteligente como estratego, probado en esta malaventurada campaña, está el Gran Mariscal Sucre.

El 12 de febrero, en Saraguro, hay como quien dice un choque de prueba que provoca la consumada estrategia del jefe colombiano. El triunfo no es todavía el que el Gran Mariscal ha ofrecido a los colombianos: "Una paz honrosa o una victoria espléndida", y sigue moviendo con su acostumbrada pericia las piezas de su tablero hasta cumplir su promesa con la segunda disyuntiva: "Una victoria espléndida" en el Portete de Tarqui. "El ejército peruano de 8,000 soldados que invadió la tierra de sus libertadores fue vencido por 4,000 bravos de Colombia el 27 de febrero de 1829": tal rezaría la inscripción de la columna ordenada por el vencedor.

Pero después de haber perdido el invasor 2,500 hombres entre muertos, prisioneros y dispersos, gran cantidad de fusiles, banderas, cajas de guerra y otros elementos, en medio de la desmoralización de la derrota tan profunda ¿por qué Sucre no procedió a aplastar los miserables restos de los ingratos ofensores de Colombia?

El gran mariscal era, se dijo desde Pichincha, "demasiado bueno". Ofreció a La Mar una capitulación que permitiera salvar

los maltrechos restos de sus mesnadas: ya lo había hecho con Aymerich y La Serna. Pero el fanfarrón de La Mar contesta: ¡No. Antes lo que exijo es que Colombia entregue al Perú la provincia de Guayaquil! Ante semejante insolencia se encoragina el manso general Sucre: o mañana (28 de febrero) al amanecer acepta Ud. mis proposiciones o prepárese a morir. El general La Mar no tuvo otra alternativa y la capitulación se firmó en Girón. Mas ¿cómo podía esperarse nobleza en ese traidor? Volvió la espalda y se negó a cumplir la capitulación: no entregó a Guayaquil, que quedó sujeto al gobierno peruano y obligó al Libertador a abrir nueva campaña para recuperarlo.

Después de todo, Bolívar usó de igual técnica con los coroneles Obando y López. Mediante los buenos oficios de dos sacerdotes, José María Grueso y Mariano Urrutia, logró reducirlos y no los colgó de la horca que merecían por su infame traición y por haber causado tanto trastorno en el Sur: los amamantó noblemente en su seno e hicieron la obra de la serpiente. Finalmente, cuando se convencieron los peruanos de que La Mar era un inepto que no servía para sus designios, vinieron a caer en la cuenta de que era colombiano y esto le quitaba todo título para desempeñar la presidencia del Perú, lo desconocieron como jefe del ejército, lo destituyeron de la alta magistratura y lo desterraron embarcándolo para Costa Rica, donde murió en el abandono ignominioso.

Con este acto de justicia triunfó en el Perú un partido que profesaba ser enemigo de la guerra inicua e invasión a Colombia. El general Antonio Gutiérrez de la Fuente, el que apresó al traidor peruano Riva Agüero y lo entregó a los patriotas el año de 1823, asumió el poder con el título de jefe supremo provisorio. Dio un manifiesto que significaba amplia satisfacción a Colombia y repudio del atentado. Pudo entonces celebrarse el tratado de paz, que sin descuidar los asuntos de la guerra, buscaba el Libertador.

# Capítulo XXIX

1829

## EL DESENGAÑO DE UN TITAN

### RESUMEN

*Tratados provisorios y definitivos de paz con el Perú — Los ataques y calumnias de la prensa — Gravísima enfermedad de Bolívar — ¿Cual fue el origen de la que lo llevó a la tumba? — Es trasladado a la isla de Santay — La censura de “las intenciones” — La circular sobre la libertad de opinar acerca de la forma de gobierno — Breve silueta del general José María Córdova — Opiniones diversas sobre su lealtad al Libertador — Más antecedentes sobre la lealtad de Córdova — Revelaciones de Mosquera — Opinión de Posada Gutiérrez — Bolívar se resistía a juzgarlo desleal — Resuelve al fin destinarlo como ministro de Marina — Córdova en franca rebelión se dirige a Antioquia — Forma una columna de 400 reclutas — Impopularidad de su empresa — Es derrotado en El Santuario por O’Leary — Herido de muerte es asesinado por el irlandés Rupert Hand — Expulsión de diplomáticos comprometidos en la revuelta — Sincero sentimiento de Bolívar — El problema de la monarquía para Colombia — El estado caótico del país — Bolívar aconseja que se decrete la separación de Colombia y Venezuela — Ambiciones desapoderadas de los militares — Conceptos del señor Bresson sobre el estado de la república y sobre la personalidad de Bolívar — La anarquía reinante detenía el reconocimiento de la república — Proyecto monárquico del Consejo de Ministros — La desdenosa contestación del gobierno francés — La contestación de Inglaterra — Comentario de Posada Gutiérrez — Génesis y origen del proyecto de monarquía — Improbación del proyecto por Bolívar — El disgusto del consejo y enérgica nota al Libertador — Contestación de Bolívar — Grandeza del historiador Restrepo — Bolívar improbo el proyecto desde que tuvo noticias de él.*

EL TRATADO provisorio que se celebró después de la derrota y expulsión de La Mar (10 de julio, 1829), fue un convenio militar que comportaba un armisticio de 60 días para suspender el bloqueo de la costa a puertos colombianos y devolver al Libertador a Guayaquil y su provincia, codicia eterna del Perú. Con la ocupación de la disputada ciudad el 21 de julio así como la de otros pueblos que estaban en poder de los invasores comenzó a despejarse el horizonte.

El tratado definitivo de paz se firmó el 27 de septiembre. Este tratado se esfuerza visiblemente por prever y terminar todos los puntos capaces de renovar las querellas y discusiones que pudieran en lo sucesivo malograr los sentimientos de amistad y deseo de paz a que por fin se atienen los dos países mediante sus negociadores don Pedro Gual por Colombia y José Larrea y Loredo por el Perú.

No obstante la limpidez de sus actos, y su manifiesto anhelo de consolidar la república en dignidad y paz, cada día arreciaban más las calumnias y ataques al Libertador por parte de la prensa de Nueva Granada, Venezuela y Buenos Aires. Bien conocida es su exquisita sensibilidad a los ataques de los periódicos—siempre calumniosos y tergiversadores de sus opiniones y actos—que en esta ocasión se tradujo en una grave y peligrosa enfermedad que lo tuvo al borde de la tumba del 3 al 7 de agosto. El mismo estaba persuadido, así como todos los que lo acompañaban, de que ya se habían llegado sus últimos momentos. Se manifestó el mal por vómitos y fiebre y se diagnosticó cólera morbo; mucho más grave que la enfermedad de Pativilca hay quienes opinan que de ella arranca la que finalmente cerró sus ojos un año más tarde.

A este respecto opinamos que la raíz de este tema tiene antecedentes más antiguos: en primer lugar la herencia o predisposición congénita; recordemos sólo la tuberculosis que tronchó en flor a su madre dejándole de seis años; las peripecias tremendas de su vida de soldado entre las que no hay que olvidar las horas angustiosas de la noche septembrina bajo el inmundo refugio del puente de San Agustín, presa de una de las fiebres que acostumbraban atacarlo; y después la crisis final de esa noche de insomnio en el corredor de la casa de Cartagena, paseándose con la cabeza descubierta, ya atacados sus pulmones de irremediable resfriado, al saber el asesinato del “Abel de Colombia”.

Para evitar el clima de Guayaquil, malsano en la estación lluviosa, y al que en gran parte se atribuyó la peligrosísima crisis que por poco dio con él en la eternidad, el Libertador fue trasladado a la isla de Santay desde el 21 de agosto, y en efecto pronto comenzó a sentir en su salud los benéficos efectos del cambio.

Ya bastante mejorado, si bien no del todo restablecido, vuelve a su absorbente trabajo para dotar a Colombia de instituciones lealmente republicanas y expide la célebre circular para que el congreso constituyente del siguiente año sea un modelo en su género y esté provisto de elementos para olfatear la verdadera opinión nacional y dictar providencias que sean la genuina voluntad de la mayoría.

¡Qué le importa a una sistemática oposición demagógica, que es algo muy distinto de la democracia, empeñada a desacreditar y perder a un magistrado, qué le importa con el tenor de las más bien intencionadas palabras aunque estén además sustentadas sobre la base de toda una vida de abnegación y pureza! Sus intenciones ¡ah! si las palabras y los hechos no dan absolutamente asidero para la censura, ahí están las intenciones. Pero lo dijo nada menos que César Cantú el historiador, comentando esta acrimonia contra Bolívar: “Feliz el hombre de quien no se pueden calumniar sino las intenciones”. Y agrega Cantú (la cita es de Posada Gutiérrez): “Las preocupaciones de la historia no saben ver ambición sino en los que aspiran al trono; pero los grandes hombres pueden tener una mucho más noble y un cetro no habría ilustrado a Bolívar tanto como lo ilustró la espada que dio libertad a un continente”.

Dicha circular manifestaba que todos los ciudadanos debían expresar sus opiniones por la prensa o de cualquier otro modo legítimo para ilustración del congreso constituyente ya convocado, su opinión acerca de la forma de gobierno que debía regir el país en lo sucesivo y de la persona que debía presidirlo, y estimulaba la libertad de expresión. Bolívar veía ya acercarse su fin en este mundo y tenía la obsesión de la estabilidad de Colombia y su futura prosperidad; y tenía el justo deseo de que su gloria permaneciese pura e incólume; y esto explica esa circular que los contemporáneos tildan de imprudente y la oposición coetánea con él tomó como caballo de batalla para atacarlo como ambicioso y tirano.

Dejemos al Libertador por unos instantes en este ya bastante angustioso momento de su viacrucis para volver la mirada, aunque sea somera y brevemente hacia la rebelión del joven y ya extraordinario general José María Córdova.

Era Córdova un general casi adolescente, un hombre formado bajo las toldas de los libertadores; ornato y orgullo de las filas patriotas; audaz y valiente hasta lo increíble, y de probada lealtad a la república; las campañas de Pichincha y Ayacucho atestiguaron todo lo que valía este granadino nacido en Río Negro, provincia de Antioquia. Al pie del Cundurcunca selló su fama con el famoso grito de ¡Soldados, armas a discreción, paso de vencedores! con que enardeció el espíritu de su división al entrar gallardamente en la pelea, y en esa jornada fue el que anonadando sucesivamente las huestes enemigas a medida que pretendían entrar en la meseta, según la acertada táctica de Sucre, salvó la división de La Mar ya casi agonizante, con una carga oportuna que decidió la victoria. Fue ascendido a general de división en el glorioso campo de batalla.

Estas proezas y muchos otros actos de valor hicieron crecer más y más su renombre y le colocaron entre los más eminentes a láteres y favoritos del Libertador.

Pero con la conciencia de su valor, la preciada estimación de Bolívar, la prestancia de su varonil belleza, su fama justamente adquirida en su verde juventud, Córdova se envaneció, y ostentaba no poca petulancia, y era duro en el trato de sus subordinados; y al respecto corre una anécdota en Colombia. Se dice que en una ocasión, mirándose y acicalándose ante un espejo de su residencia, monologaba de esta o semejante manera: “Eres valiente, general de división, joven, hermoso, favorito del Libertador, solicitado de las damas ¿qué te falta?” “¡Juicio, mi general!” diz que le contestó el centinela apostado a la puerta. Este carácter vanidoso y soberbio fue parte a perderle.

Desde los días de la conspiración de septiembre del año anterior ya corrían sospechas sobre la lealtad de Córdova al Libertador; pero en una ocasión Bolívar las rechazó indignado. ¿Podía caber en cabeza bien organizada que ese joven tan favorecido y distinguido por él concibiera en un momento cualquier género de deslealtad a su jefe?

Se ha visto en la carta de doña Manuelita a O’Leary cómo aquella buena mujer que fue a palacio una de esas noches a denunciar la conspiración, fue despedida con caja destemplada por su mención de Córdova entre los conspiradores: “Que el general Córdova sabía algo pero no el todo, pues sus amigos le iban reduciendo poco a poco”. “Dígale Ud. a esa mujer” ordenó Bolívar a su edecán Ferguson, “que se vaya y que es una infamia tomar el nombre de un general valiente como Córdova”.

En la nefanda noche ocurrió, como ya se ha dicho, que se vio al joven héroe mezclado con la partida de Cárujo cuando ya este se retiraba vencido, y aumentaron las sospechas de algunos, menos del Libertador. Se explicó que se había acercado a los rebeldes artilleros creyendo que eran gente leal, para averiguar lo que ocurría. Pero el hecho es que no obstante la absoluta seguridad que Bolívar tenía de su inocencia y leal postura, no eran pocos los que en la ciudad comentaban su complicidad, y esa sospecha estaba tan arraigada y corriente, que hasta el grave historiador Restrepo manifiesta que ciertos indicios eran ciertamente condenatorios; y aun en los primeros años del presente siglo oímos de un grande hombre, un anciano de rectitud probada, manifestarlo, no como simple sospecha sino como hecho fehaciente. El respetable historiador Posada

Gutiérrez, contemporáneo como Restrepo, se declara contra la especie con indignación.

Después de todo Córdova no perdió un ápice en el concepto del Libertador, aunque parece que los genios del mal, las brujas de Macbeth, no cesaron en soplar por las orejas del Libertador el fuego del infierno sobre la paz de su alma.

Pero Bolívar continuaba con la misma fe y las mismas distinciones en honor del joven general, y cuando partió para la campaña del Sur a fines de 1828, la división de Córdova era la que le acompañaba.

Y el general Mosquera hace una categórica acusación. Según él, jefe de estado mayor de la división expedicionaria, había acampado del otro lado del puente de Mayo, con el Libertador indispuerto. “Esa noche”, son palabras textuales de Mosquera, “Córdova pasó a mi tienda de campaña y nos ocupamos de los negocios públicos y del éxito de nuestra campaña. Me habló el general Córdova de la necesidad de pensar únicamente en la suerte del país, y me dijo que al entrar en Pasto, luego que hubiéramos salido de los sucesos de la campaña contra el Perú, debíamos pensar en segregar a la Nueva Granada de Venezuela, porque el Libertador estaba muy enfermo, y *sin faltarle al respeto* separarle del mando; que el Ecuador se constituiría en otro estado y que los jefes granadinos nos encargaríamos cada uno de una parte del plan, que él tomaría el mando supremo y yo sería su mayor general y secretario de guerra, fijándose el cuartel general en Cartagena; que el general Herrán conservaría el mando del interior y su cuartel general en Bogotá; el coronel López mandaría en Popayán, el coronel Borrero en el Cauca, el coronel Córdova en Antioquia; que a Obando, puesto que ya no era dudoso que se sometiera, se le dejaría en Pasto cuyo país conocía, y el coronel Espinar iría a mandar el Istmo. Pregunté al general: “Y dónde reúne Ud. la representación nacional? ‘¡Qué representación!’ me respondió, ‘es necesario exterminar a los abogados; nuestra república debe tener una organización puramente militar’. Quedé admirado de tan descabellado propósito y le hice ver al general que no era practicable y a cuántos males conducía semejante revolución, y que los amigos del Libertador no debíamos nunca serle infiel. La primera vez que los dos jefes del ejército somos granadinos de nacimiento, añadí, fuera una mancha horrible para el país abusar de nuestra posición para aprisionar al Libertador”.

Siguiendo la misma exposición de Mosquera, él comunicó el incidente a los coroneles Whittle, del batallón Vargas y Farriar del

Carabobo, para recomendarles vigilancia sobre Córdova, comandante de la división; y agrega que desde ese día tomó más especial cuidado en que no se impartiesen a la división órdenes que no pasaran por medio de él como jefe de estado mayor general.

Sigue Mosquera la narración de la conducta de Córdova. Para no figurar como delator, no reveló nada a Bolívar y se conformó con sugerirle que llamase al joven al cuartel general, hecho lo cual éste se portó con Bolívar de modo tan imprudente que el Libertador lo comprendió todo.

Pero Joaquín Posada Gutiérrez, y tenemos que mencionarlo en prenda de imparcialidad, niega resueltamente la verdad de cuanto al respecto asienta Mosquera, declarándolo calumnia, obra de la emulación y de la venganza por el trato que le daba el soberbio y engreído joven. Para él todo fue tramado por Mosquera para desplazar a Córdova, enajenarle la privanza que gozaba con el Libertador presidente y suplantarlo en su posición y honores, lo que logró a fuerza de intrigas; y dice—pues Córdova fue separado del ejército y nombrado ministro de marina— “que es lo mismo que nombrar a un oficial de caballería capitán de un buque de vapor”. Para informarse completamente sobre estos acaecimientos remitimos al lector al capítulo XXIX de la Memoria sobre la Vida de Bolívar de Tomás Cipriano de Mosquera, Bogotá 1940, y a los capítulos 14 y 16 de las Memorias Histórico—políticas de Joaquín Posada Gutiérrez, tomo I, edición bogotana de 1865.

Otra importante fuente es el señor José Manuel Restrepo, en cuya Historia de la República de Colombia, tomo IV, Besanzón 1858, concuerda con Mosquera en la apreciación de los móviles iniciales del héroe; en lo demás todos están de acuerdo.

El resultado de todo esto fue que Córdova concibió una violenta pasión contra Bolívar, y ya no guardaba reserva alguna. Era preciso, decía, restaurar la libertad anulada por el Libertador; establecer de nuevo el imperio de la constitución y las leyes abrogadas por el tirano después de disuelta la convención de Ocaña; separar a Venezuela de Nueva Granada; efectuar una revolución armada y asegurar la estabilidad de la república amenazada de muerte con el proyecto de Bolívar de formar del país una monarquía regida por él mismo. Al llegar a Río Negro encontró casualmente que la ciudad estaba en fiesta, y en un festín a que asistió extremó la violencia: hay que matar a los que se nos opongan; hay que derramar la sangre de Bolívar para salvar el país. . . . Eran la ira y la venganza en maridaje infernal.

Y encontró que don Manuel Antonio Jaramillo, su cuñado, era el gobernador de Antioquia, y comandante de armas su hermano el coronel Salvador Córdova ambos adictos al Libertador; pero aunque con trabajo logró atraerlos a su causa.

La ira y la venganza carecen de memoria y de raciocinio: Córdova olvidaba que estaba criticando en el hombre que tanto lo distinguió y amó, actos de que él mismo fue uno de los más entusiastas partidarios y cooperadores. A Obando y López, traidores a la patria convictos y confesos; a Páez, con el corazón lleno de envidia y malsanos ímpetus de emular al Libertador; al general Francisco Carmona, inquieto y resentido; a los conocidos hombres de la asonada del 25 de septiembre, a cuantos bajo el pretexto de la legalidad ocultaban anhelos egoístas; a los que hacía sombra la vida, el nombre solo de Bolívar, trató el infortunado general de atraerlos a su bandera.

Pero la guerra no se hace con nombres resonantes; es preciso ejecutarla con armas y soldados, y Córdova debió haberse persuadido prontamente de que la suya carecía del calor popular. A mucho bregar no pudo reunir más de cuatrocientos reclutas. No importa, se dijo, estoy acostumbrado a vencer, y mi valor suplirá por las unidades que me faltan; y se lanzó de lleno a la loca aventura de derribar el gobierno constitucional con sus escasos milicianos.

Omitamos otros detalles que no son para la índole de esta historia. Mientras tanto avanzaba una columna de 800 veteranos a cuya cabeza iba el general Daniel Florencio O'Leary.

Amigo personal O'Leary del rebelde, trató de retrotraerlo a la cordura y obediencia del gobierno, pero aquél andaba ya en un despeñadero irrevocable; no hizo caso de exhortaciones, no escuchó la voz fraterna que deseaba ahorrar sangre colombiana ante todo, y se estableció con su columna en la hacienda de El Santuario. "Es imposible vencer con cuatrocientos reclutas a 800 soldados veteranos de O'Leary", le dijo el comisionado de éste, coronel Montoya. "Si es imposible vencer, no es imposible morir" repuso el enardecido joven.

Y así fue. Se empeñó el combate en el Santuario, Córdova luchó personalmente como león, su gente lo secundó con el mismo ardimiento, pero era imposible vencer. Tampoco fue a Córdova imposible morir, porque desangrándose gravemente, herido y casi en las garras de la muerte, se retiró a una casa de la hacienda, donde entró a buscarlo el infame Ruperto Hand, de la legión Británica, y remató sus sufrimientos y extinguió su preciosa vida par-

tiéndole el cráneo en dos de un sablazo. Esto acaecía el 17 de octubre.

Y como secuela de estos infaustos sucesos el consejo de ministros objetó la presencia en la república del encargado de negocios mejicano señor Torrens y del exministro norteamericano, general Harrison, agente de la política norteamericana que ya desde entonces buscaba dividir para reinar, es decir, desmoralizar principalmente a los grandes países del continente para dominarlos y ensanchar su poderío, como logró ampliamente en Méjico; igualmente la del cónsul británico señor Henderson, y les expidió sus pasaportes después de comprobar la participación de ellos en la debelada rebelión.

Nueva desilusión, renovado dolor de Bolívar al saber en Pasto el fin desastrado del joven a quien sinceramente amaba y distinguía, varón que representaba legítima esperanza para días mejores en la patria. Fue un episodio apto para acrecentar el amargo pesimismo de su artículo "Una mirada sobre América Latina", (apéndice No. 8, página 548). "¡Si aré en el mar y edifiqué en el viento!" Los caballos de su fúnebre carroza venían trotando cada día más veloces al encuentro de su cadáver.

Su desilusión, su hondo pesimismo, se traslucen en estos tiempos de su última campaña bélica, tiempos posteriores a la infausta noche de septiembre que sembró en su espíritu el más amargo desconsuelo y desconfianza del porvenir de Colombia, en las confidencias con sus íntimos, muchas de las cuales nos conservó Mosquera, y viene al caso su reproducción: "Nos hablaba sobre la situación de la América diciendo: no sé si he hecho un bien o un mal a la América en haber combatido con todos mis esfuerzos por la causa de la independencia. Testigo de grandes acontecimientos en Europa, se exaltó mi imaginación, y allá en el Monte Sagrado juré con algunos de mis amigos libertar mi patria y hacerla marchar por una nueva senda de felicidad. No he tenido más elementos para mi obra que mi constancia y el haberme aprovechado de la novedad de mis ideas de libertad que ocupaban el pensamiento americano. He concluído mi obra ¿y qué es lo que veo? Un vasto campo de anarquía en donde tantos seres inmundos quieren gozarse en la estimación de un bien que no saben estimar. No miro sino desgracias para una serie continua de años, y no sé si al fin morirá este pueblo antes de haber llegado a su adolescencia: Venezuela y Nueva Granada han sido los lugares donde más se ha ensangrentado la lucha, no obstante las campañas del Río de la Plata en el Alto Perú y la egregia revolución de Chile; reducido el poder español al

Perú, allí lo ha combatido Colombia. Esta es mi época clásica: abandonado por los aliados, traicionado por los mismos que gobernaban esa república y por la guarnición que ocupaba El Callao, todo quedó encargado a un caudillo; mis hechos y mi fama valieron un ejército. Allí se afirmó la independencia que conquisté en Boyacá y Carabobo. Sin estos hechos ¿qué sería hoy de nosotros? Estaríamos sometidos al yugo español hasta que llegara la época de la emancipación natural. Hoy ha sido prematura; pero nadie tiene poder de detener los acontecimientos. Formo este juicio porque veo que Buenos Aires y Guatemala, que más felices fueron para conseguir la independencia, se encaminan a la barbarie. Las ideas algo exageradas de Rivadavia en la República Argentina y un celo indiscreto por la libertad, pueden sumir ese país en la anarquía. Dorrageo ha sido asesinado; este ejemplo tendrá horribles consecuencias. Iturbide no supo conocer ni su situación ni sus hombres. Y el más rico país de la América no será sino un campo de combates entre la indigencia y los hijodalgos españoles, que quieren formar con la plata de su misma nobleza americana. A su lado tienen a los Estados Unidos que verán con celo la prosperidad de Méjico, que es la valla del descuajo de la tierra del occidente de aquella república. Chile, que por su posición geográfica está llamada a gobernar con más facilidad que otro alguno de los estados, acaba de adoptar en 1828 instituciones que no le darán estabilidad. El Perú rompió los lazos de unión que yo le había dejado, y ha sido conducido ese pueblo a esta guerra, que será el origen de una completa anarquía; su actual unidad depende de que hoy somos sus enemigos. Colombia está en una crisis que me espanta. Bolivia, mi hija menor la han arrancado de los brazos de su curador y su existencia depende de la anarquía de Buenos Aires y del Perú. No volverá a ser parte de aquellas repúblicas pero corre los mismos peligros que el Perú.

“Hízome grande impresión este cuadro presentado por el Libertador para ver en su conjunto la marcha de las diferentes repúblicas, de que tomamos nota en aquella fecha, y al cabo de 40 años no vemos aún completamente consolidado el orden y la libertad en las nuevas repúblicas, exceptuando a Chile.

“Imposible me fue entonces retener palabra por palabra, todos los pensamientos del Libertador, y si no puedo expresarlos con todo aquel tono y decir poético del Libertador, al menos conservo algunas de sus mismas frases. Personificó algún tanto en una de sus conferencias a cada estado, para hacer ver que en América, sin talentos y sin mérito, alguna vez se arrastraba al país a grandes desgracias; desesperado una noche, sobre su hamaca, le oí con pena

y con placer desenvolver sus ideas, y me repitió muchas veces: ‘no se me comprende; se me quiere juzgar tirano, porque he propuesto desde Guayana una forma de gobierno que pueda ser fácil en estos países. Las naciones no pueden tener una metamorfosis instantánea. La democracia necesita entrar por grados: es el alimento del adulto y dado a un niño le mata, como la carne al recién nacido. Los hombres útiles, los de más experiencia, se separan de los negocios, y entre el egoísmo y las ambiciones vulgares se labra la desgracia de América’. Y concluyó: ‘¿No debo, pues, dudar si he hecho un bien o un mal con haber conquistado la independencia? Esto no estaba preparado para una república; y aquí no cabe una monarquía. Es aún mayor absurdo creer que puedan darse reyes a la América española, después que hemos enseñado a despreciar la dinastía de España’.

Como se ve, muchas de estas ideas están comprendidas en su artículo “Una mirada sobre América Española”, publicado anónimo en Quito en ese año de 1829. (Apéndice No. 8, página 550).

El héroe se sentía agobiado; no se daba en este tiempo más de 4 ó 6 años. ¡Cuando la muerte que lo espiaba se apresuró a caer sobre él a cosa de un año después!

Y ahora se presentó un grave problema más. ¿Cual es la forma de gobierno que más conviene a Colombia?

La guerra de la independencia había terminado; las amenazas de reconquista española quedaron nulas no sólo en Colombia sino en todo el continente, con el fracaso de la expedición de Barradas contra Méjico, obligado por el general Antonio López de Santana a rendir discrecionalmente el 11 de septiembre los 3,600 hombres que conducía en la infeliz aventura; era la hora de emprender en firme la obra de la organización política, restañar la sangre vertida en tantos años de lucha, descansar los guerreros sobre sus laureles tan heroicamente conquistados y tomar los civiles a su cargo el resto de la obra de paz necesaria para construir un sólido andamiaje sobre el cual descansase la república.

Mas el estado del país presentaba el panorama más desalentador. Si la guerra cruenta de las armas había cesado, en cambio viva y activa andaba la guerra interna de las rencillas domésticas, originada en fuentes de orden mezquino. Por una parte las tres secciones de la gran república no aunaban sus sentimientos de fraternal unidad y se miraban con recíproca ojeriza; el error cometido por el Libertador en 1826 hizo de Venezuela algo así como un estado aparte que gobernado por un dictador, tenía

régimen y leyes distintas de las que emanaban del centro de la unión; los naturales del Ecuador no se avenían con las otras dos secciones de compatriotas a quienes llamaban “colombianos” para distinguirlos de los de su territorio: las líneas de la inminente separación eran ya surcos profundamente cavados. Tan manifiestos se ostentaban que Bolívar optó por sugerir al consejo de ministros que decretara la separación de Venezuela, cosa que objetó a una el cuerpo gobernante en guarda de la precaria popularidad del gran estadista despechado, rogándole que se abstuviera de hacer público su consejo.

Por otra parte, los militares pretendían formar en el país una especie de casta superior. Los grandes servicios prestados a la patria creían ellos autorizarlos para una odiosa hegemonía sobre los civiles, origen de una conducta ensoberbecida que los hacían odiosos en todas partes. En su gran mayoría ignorantes que habían ascendido por su valor a los más altos peldaños del escalafón, no habían tenido ocasión de pulir sus costumbres y modales para conducirse en la sociedad de sus connacionales, hacían odiosa la convivencia social, y pretendían a todo trance y por su nombre de libertadores atrapar las primeras posiciones del estado como quien dice, por derecho propio. Muchos de ellos, convencidos de la ya precaria existencia del hombre que los había conducido a la gloria, agobiado ahora por los pesares, las graves preocupaciones y las enfermedades maceriales, buscaban a todo trance apoderarse prematuramente—ya que era imposible de su herencia moral—al menos de los jirones en que había de desgarrarse la república a la desaparición del único hombre capaz de mantenerla en cohesión.

De todas partes del país surgían voces de descontento y signos de rencillas, amenazas de guerra civil, desesperación y gritos calumniosos contra el Libertador capaces de desacreditarlo y de mermar sus merecimientos y su bien adquirida gloria.

Uno de los más singulares gritos calumniosos tenía relación con la forma de gobierno que se trataba de excogitar para poder contener la república dentro de los límites de la estabilidad, la paz y el respeto.

A la sazón se hallaba en Bogotá el señor Bresson, comisionado del gobierno francés con el fin de informarle sobre la situación del país. En vista de su informe su gobierno había de decidir si era o no conveniente entrar en relaciones con la nueva república. Su dictamen, en vista del estado de anarquía reinante, no fue favorable por el momento, y esperaba la reunión del congreso cuando juzgaba quedarían mayores garantías de estabilidad, orden

y paz, para que el gobierno francés reconociese la república y entrase en relaciones con ella; y agregaba que en su opinión Bolívar era el hombre de gobierno y buen orden; “nosotros sabemos apreciar sus talentos y su firmeza: el presidente es la más fuerte garantía del presente y del porvenir”.

El hecho es que el estado anárquico del pueblo colombiano detenía nuestro reconocimiento y la amistad de las potencias europeas y estancaba nuestro progreso.

El Consejo de Ministros que gobernaba en Colombia en ausencia y por delegación del Libertador—presidente se devanaba los sesos en presencia de la revolución social que agitaba el país, y excogitando el mejor modo de salvarlo pensó que el remedio se hallaba en convertirlo en una monarquía constitucional, y no vaciló en entrar en consultas con las dos grandes potencias, Francia e Inglaterra. En caso de que el congreso que va a reunirse en los primeros días de 1830 adopte para el país la forma monárquica de gobierno ¿convendrá Francia que se nombre monarca a un príncipe de la reinante casa de Orleans? ¡Para qué indagarlo! La respuesta fue el más profundo desdén por los rebeldes de su legítimo monarca el rey Fernando VII.

Más cortés, más dúctil, más política fue la actitud de Inglaterra, aunque completamente negativa en cuanto se refería a un príncipe británico. Si Colombia escogiera como monarca al Libertador, Inglaterra no tendría reparo que presentar; príncipe inglés no permitiría; príncipe francés sería objetado absolutamente; no sería tachado un príncipe de la familia real de España “pero ¿qué necesidad tienen Uds. ahora de hablar de la sucesión de príncipes europeos que no podría llevarse a efecto sino después de la muerte del Libertador? Continuando el Libertador al frente de Colombia, ya sea durante su vida o ya durante un cierto número de años, ustedes podrán después resolver lo que sea más conveniente para lo sucesivo”.

Posada Gutiérrez remata la relación de estos detalles con los siguientes párrafos: “Yo añadiría a esta especie de regaño bien merecido: ¿Cómo podría ninguna familia reinante, de una gran nación, convenir en lo que se proponía, cuando la condición era la de que aquello tendría lugar en el caso de que el congreso adoptara el proyecto, exponiéndose el gobierno aceptante a caer en ridículo si el proyecto era rechazado?”

“Otra cosa es de admirar en aquel hombre de estado, y es que preguntara al señor Madrid si no creía que Venezuela se separaría

de la Nueva Granada; que él tenía temores sobre el particular por los encontrados intereses y la rivalidad que se notaba entre los pueblos de las dos secciones, y aun en los departamentos del Sur. Esto prueba que en Europa nos observan más de lo que pensamos”.

Este fracasado negocio de la monarquía constitucional en Colombia fue inspiración del Consejo de Ministros en los primeros meses de 1829, estando el Libertador, después de haberles delegado sus poderes, en marcha al Sur para hacer frente a la guerra de Obando y López, auxiliados de la guerra internacional que provenía del Perú. Los respetables varones que formaban el ministerio se aterraban del resultado que necesariamente había de traer la demagogia reinante en el vasto territorio del país, y en medio de su alarma no hallaron mejor expediente que darle estabilidad y fuerza al gobierno mediante un monarca al estilo del inglés o el francés, esto es, sujeto a una constitución y leyes. El Libertador, mediante nota firmada por su secretario general, había excitado desde el 6 de julio al consejo de gobierno a que buscara los medios más apropiados para conseguir en favor de Colombia la custodia y salvaguarda, mediación o influencia de algunas de las grandes potencias de Europa. De aquí tomaron pie los ministros para buscar resultado práctico a sus ideas, tanto más cuanto la monarquía era auspiciada por muchos militares y hombres serios y responsables que no hallaban otro modo de frenar la carrera vertiginosa hacia el abismo a que irremediamente se veía avanzar el país.

El ministro de relaciones exteriores abrió las negociaciones de que hemos dado cuenta.

Bolívar (22 de noviembre), desde Popayán al ministro de relaciones exteriores en la carta de don Estanislao Vergara, aludida atrás, decía en parte: “Es por tanto el dictamen de S.E. el Libertador que se deje a aquél cuerpo (el congreso constituyente) representativo de la soberanía toda la libertad necesaria al cumplimiento de sus altos deberes, y que la administración actual suspenda todo procedimiento que tienda a adelantar la negociación pendiente con los gobiernos de Francia e Inglaterra.

“Piensa el Libertador que su propia obligación, la del Consejo y la del pueblo colombiano se reduce a ilustrar simplemente al congreso sobre los verdaderos intereses de la nación, y hecho esto, someterse ciegamente a sus decisiones, como la única medida que pueda convenir universalmente a todos los individuos y clases de la sociedad. Por estas y otras consideraciones S.E. me manda

protestar ante el consejo que no reconocerá como acto propio de S.E. otro que el de someterse como ciudadano al gobierno que dé el congreso constituyente, y de ninguna manera aprobará la menor influencia en aquel cuerpo de parte de la administración actual.

“S.E., sin embargo, no deja de conocer al mismo tiempo y aun de admirar cuán grande ha sido el esfuerzo patriótico y el heroico valor con que el Consejo ha acometido por el bien de la república una empresa tan arriesgada y se ha empeñado en la negociación más prodigiosa que puede ocurrir en los anales de un gobierno. Por lo mismo me ordena S.E. dar las gracias al consejo de ministros por este sacrificio que si no obtiene un fin satisfactorio puede ser la causa de los más crueles compromisos para los miembros que lo componen”.

Aunque firmada por el secretario José Domingo Espinar, debe tenerse en cuenta lo que ya se ha dicho sobre las costumbres de la secretaría general del Libertador: no hay en la carta una sola palabra que no fuese dictada por Bolívar.

Es de explicarse el profundo disgusto con que el consejo recibió esta franca censura de sus diligencias en sentido de una monarquía para la república. La reacción se manifestó en una nota en que le hacía presente que aquél le había dado instrucciones para obtener la protección, influencia, mediación o salvaguardia de alguna gran potencia europea para librar a Colombia y a la América entera de la anarquía que la devoraba y de la colonización extranjera que la amenzaba; que el Consejo había considerado que ninguna potencia querría encargarse de nuestra protección si no veía que se trataba de establecer un orden de cosas duradero, fijo y permanente capaz de refrenar la anarquía y de burlar la esperanza de atarnos de nuevo que pudiera concebir España aprovechándose de nuestros desórdenes. Por estos poderosos motivos el Consejo había juzgado que no se obtendría ningún resultado favorable en la empresa aconsejada por Bolívar si no se excitaba el interés de Francia e Inglaterra con el proyecto de fundar una monarquía. A pesar de que el Libertador comprendía en su petición de protección a todas las nuevas naciones americanas, el Consejo hizo menos de eso, limitándose a Colombia sólo, puesto que extendiéndose más de allí podría haber ocasionado problemas desagradables. Si en lo actuado el consejo erró lo hizo de buena fe y conservando incólumes y sin mengua las prerrogativas nacionales, y también sin comprometer el nombre de S.E. Y como la negociación estaba ya tan adelantada, el Consejo se negaba a suspenderla: sería vergonzoso y un descrédito para el gobierno de

Colombia el retractar las proposiciones que antes había hecho. “En este caso, señor, debe variarse el ministerio para que los que entren, que no han tenido parte en el proyecto, puedan también sin rebozo y sin empacho manifestar que se ha mudado de pensamiento”.

Esta nota es un modelo admirable de dignidad, respeto y energía del Consejo de Ministros, sentimientos que nadie valoraba como el Libertador. Comprendió sin vacilar la posición desairada en que se había colocado el cuerpo gobernante y procuró suavizarla con la comunicación que en seguida dictó a su secretario Espinar: “Cuartel general en Tapio el 18 de diciembre 1829—Al Sr. Ministro de estado del despacho de relaciones exteriores.—“Señor: Versándose el acta del Consejo ministerial sobre fundar una monarquía cuyo trono (cualquiera que fuese su denominación) debía ocupar S.E. el Libertador presidente y por lo mismo sostener a todo trance sus cimientos a beneficio del sucesor, S.E. creyó de su deber improbalo; porque su misma consagración a la causa pública sería infructuosa desde que, mancillada su reputación por un acto contradictorio a su carrera y sus principios, entrase en la trillada senda de los monarcas.

*“Convenga o no a Colombia elevar un solio, el Libertador no debe ocuparlo; aun más, no debe cooperar a su edificación sin acreditar por sí mismo la insuficiencia de la actual forma de gobierno. Monarquizar a la república y establecer una pacífica sucesión es a la verdad una empresa sobrehumana. Y ¿quién puede dudar que el Consejo dando un paso tan gigantesco, se ha recargado de un enorme peso, apenas soportable por el acendrado patriotismo que produjo tal situación? Al negar S.E. su aprobación al proyecto, pensó que paralizándolo, exoneraría al Consejo de la tremenda responsabilidad que pudiera resultarle al mismo tiempo que manifestaba S.E. el fondo de su conciencia, rehusando afectar siquiera un consentimiento implícito que pugna abiertamente contra su propio honor y sus intereses individuales. En este estado me previno que dijese abiertamente al Consejo no diese un paso adelante, y suspendiese la prosecución de un proyecto que probablemente precipitaría al gobierno en un abismo de males.*

*“Por otra parte, ¿se miraría como espontáneo el cambio de formas cuya transición había sido iniciada o preparada con toda la energía del gobierno actual? Estas y otras consideraciones abstractas que S.E. ha hecho sobre este importante asunto, son las que han dictado las resoluciones de S.E., sin que ninguna mezcla de popularidad ni de sentimientos individuales haya tenido parte en*

*ellas. Por lo mismo, cuando S.E. está resuelto a separarse indefectiblemente del mando, no debe comprometerse a continuar en él burlando así las esperanzas de la nación y del Consejo, a cuyos respetables miembros profesa S.E. el más profundo reconocimiento.*

*“Es cuanto puedo decir a usías de orden de S.E. en contestación a su distinguida nota del 8 del que rige.*

*“Soy de usías con perfecto respeto, muy obediente servidor, José de Espinar”.*

No está demás *agregar* el comentario de Posada Gutiérrez para hacer hincapié en la grandeza de alma de esos varones que quizás no se ha repetido en la historia de nuestros países. “El señor Restrepo (el mismo gran historiador a quien tanto citamos), tan comprometido en aquel proyecto como ministro de lo interior y acalorado promotor de él con sus colegas, dice con una franqueza que le honra, que publicaba íntegra la carta anterior para vindicar más completamente la memoria del Libertador, mancillada injustamente por muchos de sus enemigos. ‘Debemos confesar’ (añadía) ‘con nuestra imparcialidad histórica, que Bolívar vio claramente en este delicado negocio, y que el consejo de ministros se equivocó al promoverlo’. Sin embargo ¿por qué no lo improbo desde que lo supo?”

Tal es el origen y el fin del proyecto de monarquía para Colombia. Avidos de agarrarse a cualquier madero para hacer al Libertador la guerra sin cuartel jurada, los enemigos no vacilaron en vociferar que era proyecto de Bolívar para coronarse.

Antes de esa improbación oficial ya había escrito desde Buijó a Estanislao Vergara contra el proyecto (13 de junio), de suerte que no es valedera la queja del consejo de que él debió haber dejado oír su opinión adversa tan pronto como tuvo noticia de los pasos que se estaban dando. Le decía:

*“El pensamiento de una monarquía extranjera para sucederme en el mando, por ventajosa que fuera en sus resultados, veo mil inconvenientes para conseguirla: primero, ningún príncipe extranjero admitirá por patrimonio un principado anárquico y sin garantía; segundo, las deudas nacionales y la pobreza del país no ofrecen medio para mantener un príncipe y una corte miserablemente; tercero, las clases inferiores se alarmarían temiendo los efectos de la aristocracia y de la desigualdad; y cuarto, los generales y ambiciosos de todas condiciones no podrán soportar la idea de verse privados del mando supremo.*

*“En cuanto a mí, Ud. debe suponerme cansado de servir y fastidiado por tantas ingratitudes y crímenes que se cometen diariamente contra mí. Ud. vio el caso extremo en que me colocó la gran convención de dejar sacrificar el país o de salvarlo a mi costa. . . . .”*

Y a Páez, según el testimonio del coronel José Austria, mandó decir verbalmente: *“No opino por la monarquía; estoy persuadido de que los pueblos no cambiarían por ella la forma republicana; mi único norte ahora, como siempre, es la conservación de las libertades públicas y de todas las posibles garantías individuales. Jamás cambiaré mi título de Libertador por el de emperador ni rey, y este ha sido y es el voto más sincero de mi corazón. Aunque Colombia entera del modo más decidido y resuelto, quisiera un rey yo no lo sería jamás. Lo que a Páez y a todos los ciudadanos corresponde hacer es cooperar conmigo a salvar mi gloria porque esta gloria no es propiedad exclusiva de mi persona; pertenece a Colombia, y siendo de Colombia, debe conservarse inmaculada”.*

# Capítulo XXX

1829-1830

POR LA CALLE DE LA AMARGURA

## RESUMEN

*Los movimientos de José Hilario López y José María Obando — Páez convertido en árbitro de Venezuela — La prensa de Venezuela, eco inconsciente de las ambiciones de Páez — Páez toma pie de la circular de Bolívar para promover actos de desmembración de Venezuela bajo su égida — Razones invocadas — Todo era dirigido solapadamente por Páez — Los insultos y calumnias se escriben hasta en las paredes de las casas — Cuadro de la situación trazado por Baralt y Díaz — La excepción en el acta de San Rafael de Orituco — Audaz amenaza de Páez a Bolívar — Aplauso en Nueva Granada de los insultos venezolanos — El Consejo desecha la determinación del Libertador de instalar el nuevo congreso constituyente de 1830 — Limpieza de la elección de los diputados — Falta de quorum y deliberada lentitud en la marcha de Bolívar — Entra en Bogotá el 15 de enero — Vívida descripción de la entrada por un testigo presencial — La franqueza de Bolívar rayana en la imprudencia — Conceptos del representante de los Estados Unidos — Hermoso y justiciero discurso del representante de Francia — Infamia de acusar a Bolívar de los pecados de los acusadores, rechazados por él — Bolívar ordena expedir salvoconductos a los desterrados por el conato del 25 de septiembre — Nómina del gabinete — El congreso "Admirable" — Instalación del congreso el 20 de enero — Nuevo e inconveniente rasgo de franqueza del Libertador — El mensaje al congreso y el manifiesto a la nación.*

**B**OLIVAR había transitado largo trecho por la calle de su amargura. El año de 1829 ha sido fecundo en pasiones ampliamente traducidas en todo el país, ya sea por las armas vencidas del infortunado José María Córdova, ya por la prensa, ya por los conciliábulos secretos dispuestos a erradicar hasta los últimos vestigios de sus adherentes y todas las influencias de sus principios. Y no pueden olvidarse al hacer memoria de este año aciago de 1829 la guerra civil promovida en el Sur por los fatídicos José Hilario López y José María Obando, inveterados guerrilleros y corifeos del Sur, que buscaban ahora abrir el camino para conducir a mansalva

al corazón de la patria a los invasores humillados en el Portete de Tarqui.

No era menos lamentable lo que pasaba en Venezuela desde que Páez, por el lamentable error de Bolívar, se convirtió en una especie de sátrapa independiente en la práctica del gobierno supremo de la república, por causa de la exagerada benevolencia del Libertador con él y sus secuaces en los episodios ya conocidos de 1827.

No se limitó a eso el tremendo llanero. Se rodeó de los hombres que consideraba a propósito para que lo condujesen a la cima de sus deseos. Ellos obraban al frente mientras él, zorrocloco y solapado, se mantenía tras los bastidores: su objeto era supeditar en Venezuela al Libertador, separarla del resto de Colombia y erigirse en árbitro supremo y presidente de la nueva nacionalidad; y a fe que a ello llegó cumplidamente.

Las prensas de Venezuela vertían a raudales insultos y calumnias contra Bolívar sin pararse a reflexionar que versaban muchas sobre proyectos partidos de esa sección de la república y desechados por Bolívar, como el proyecto de monarquía para el país, que propuesto por el mismísimo Páez mediante carta conducida por Antonio Leocadi Guzmán que ahora con aquél y su coro se valían contra el Libertador del argumento de la monarquía, como se ha visto desechado inmediatamente por éste.

El instrumento verdaderamente eficaz para los revoltosos fueron las actas populares. So pretexto de la circular del 31 de agosto (1829) en que Bolívar excitaba a los pueblos para que de palabra, por escrito, y del modo lícito a su alcance manifestasen sus opiniones sobre la forma de gobierno que debía decretar el futuro congreso constituyente, los principios que debía sustentar la constitución que estaba por decretarse, el nombramiento del jefe que debía asumir el mando mientras se hiciese la elección consiguiente, Páez pidió a todas las parroquias de la provincia de Caracas, no que expresasen sus ideas sino que elaborasen actas populares que pidiesen la desmembración de Venezuela.

El acta de la ciudad de Caracas (26 de noviembre de 1829), fue más adelante que las otras actas. Constituía una verdadera declaración de independencia y “desconocimiento del gobierno de Bogotá y de la autoridad del Libertador”. Y pidió que “el benemérito general José Antonio Páez sea jefe de estos departamentos, y que reuniendo, como reúne la confianza de los pueblos, mantenga el orden público en todos los ramos de la administración bajo las formas existentes mientras se instale la convención”.

Esta convención había ya sido prevista en el artículo segundo del documento que a renglón seguido del que proclama el desconocimiento del gobierno del Libertador dice a la letra: "Que se dirija el acta justificativa del proceder y que contenga estas resoluciones al excelentísimo señor general jefe superior, pidiéndole que consulte la voluntad de los departamentos que forman la antigua Venezuela y se sirva convocar con toda la brevedad posible las asambleas primarias de todo el territorio de su mando, para que según las reglas conocidas se haga el nombramiento de electores y sucesivamente el de representantes que deben componer la convención venezolana, para que tomando en consideración estas bases, proceda inmediatamente al establecimiento de un gobierno republicano, representativo, alternativo, y responsable".

La revolución separatista quedaba así consumada y Páez consagrado en el sitio que por medios tan indignos buscaba ocupar.

No debemos pasar adelante sin hacer hincapié en los motivos alegados por el acta de Caracas para justificar la revolución. Los sintetiza Posada Gutiérrez en esta forma: "En aquella acta criminal se trajo a colación el discurso que dirigió el 'general Simón Bolívar' en Angostura el año de 1819, acusándosele de que propuso bases de gobierno contrarias al sistema proclamado en Venezuela en 1810, lo que hacía un crimen del uso de la facultad legal de proponer, que tenía el presidente; se le acusó ¡quién lo creyera! de haberse ausentado 'a remotas regiones' como quien dijera a la China o al Japón, dizque por no gobernar con las trabas de la constitución de Cúcuta, aludiendo a la campaña del Perú que la seguridad y el afianzamiento de su independencia exigían que Bolívar al frente de los ejércitos colombiano y peruano dirigiera en persona. Se habló de la disolución de Ocaña, del acta de Bogotá del 13 de junio de 1828. Se le inculpó de los rumores con que en diversas épocas se había anunciado el pensamiento de transformar la república para refundirla en monarquía; rumores que no fueron sino hechos efectivos, no de Bolívar sino de algunos venezolanos, figurando en primera línea el general Páez y el señor Antonio Leocadio Guzmán. Se le hizo responsable del atraso de la agricultura que decían tocaba ya a su ruina padeciendo de hambre sus sostenedores, 'mientras el comercio', añadían, alejado por reglamentos precipitados y caprichosos deja solitarios los puertos, cerrados los almacenes y medio pueblo en inacción; pero se olvidaban que esa decadencia de la agricultura provenía de los decretos del jefe superior y del modo como los ejecutaba el general Arismendi. . . . El mismo general Bolívar ha dicho en una carta que sus ami-

gos imprimieron, que el gobierno no tiene unidad ni fijeza, que anda a grandes saltos, dejando atrás inmensos vacíos; que está desesperado y que nos hallamos todos a punto de perdernos; que no puede ya con la carga de la administración; que su deber y su honor le mandaban retirarse”.

Con estos ejemplos puede juzgarse de la razón de los revoltosos para insultar a Bolívar y para desmembrar la república.

Todavía no cesaba la simulación de Páez, no obstante ser vox populi que todos los acontecimientos y todas las actas revolucionarias que de las diversas poblaciones seguían viniendo eran estimuladas y dirigidas por él mismo y sus agentes, entre los que se contaban los generales Juan Bautista Arismendi y José Francisco Bermúdez. Venezuela fue convirtiéndose por grados en un enorme foco de infamia no sólo contra la unión colombiana sino también contra la persona del Libertador. Alguna acta audaz pedía el destierro del Libertador.

No solamente las páginas de los papeles públicos, las paredes de las casas de Caracas se veían llenas de injurias e indecentes frases contra el insigne caraqueño, aunque debemos dejar constancia de que estos brotes vulgares atrajeron la censura de Páez y sus agentes.

Baralt y Díaz trazan un cuadro soberbio del estado de agitación demagógica a que dio lugar la circular expedida desde Guayaquil para que todos los ciudadanos y corporaciones expresasen sus opiniones por todos los medios posibles, con el fin de ilustrar al congreso: “los partidos que dormían despertaron con mayores fuerzas, y reuniéndose en juntas más o menos numerosas formaron peticiones tan varias, tan contradictorias, como lo eran sus opiniones políticas. En muchas partes fueron manejadas estas peticiones por ciertos militares de los cuales el más atrevido se anunciaba como autor del acta o encargado de hacerla suscribir por todos, y entonces, no se escaseaban las amenazas ni aun las violencias. Aprovechándose en otras la inercia de los vecinos honrados, corría las calles una turba de gente ociosa y alborotadora, de la que en las poblaciones no tiene más oficio que acalorar novedades y, entrándose tumultuariamente en las casas amedrentaban a los ciudadanos y los obligaban a suscribir al ruido de su confusa algazara lo que llamaban un pacífico pronunciamiento. Hubo lugares donde se procedió con más orden y regularidad, si bien los resultados no fueron más satisfactorios. Unos pidieron el sistema monárquico moderado, debiendo ser Bolívar el primer rey; queríanle otros jefe vitalicio con una república democrática y con derecho de nombrar su sucesor; quién limitaba ese derecho a escoger entre los candidatos que

le presentara el pueblo; quién designaba como sucesor necesario al vicepresidente del estado; constitución liberal con un presidente de elección periódica; el ejercicio exclusivo de la religión católica y la conservación de los fueros eclesiásticos era el voto de alguna ciudad, y las hubo que manifestándose indiferentes en punto a la forma de gobierno exigían que éste reconociese como bases fundamentales los principios conservadores de la libertad social e individual. Estaban de acuerdo la mayor parte de ellas en la necesidad de mantener a Bolívar al frente de la administración pública cualquiera que fuese el título o denominación que a su autoridad se diese”.

Pocas fueron las poblaciones que manifestaron expresamente su gratitud sin deponer sus sentimientos y deseos de la separación, como San Rafael de Orituco: “Profesamos el más alto respeto, amor y gratitud a la persona del Libertador, a quien la América del Sur debe tantos sacrificios, y Colombia en particular su creación e independencia”.

Páez, sin embargo, daba cada día un paso más en el camino de sus ambiciones y de su creciente audacia contra Bolívar. Para terminar el esbozo de estos episodios, queremos referirnos a la carta que Páez escribió a su antiguo jefe en diciembre de ese año de 1829, en que le manifestaba que se abstuviera de contrariar la voluntad decidida de los venezolanos, pues si atacaba a Venezuela el país entero se cubriría de guerrillas que lo destruirían y en último caso más bien se entregarían a los españoles.

Así fue hinchándose día a día la ola de la revolución contra Bolívar y la unión colombiana.

Era natural que la campaña de insultos, calumnias, injusticia e ingratitud llevada a cabo con tanto éxito en Venezuela, como que partía de militares deseosos de clavar en su favor la rueda de la fortuna, tuviese el aplauso ruidoso de los enemigos de Bolívar en la Nueva Granada. También acá se agitaban infernalmente las pasiones; también acá se deseaba por muchos políticos no solamente su alejamiento de la escena política sino hasta su total y pronta desaparición. Impacientes andaban sus émulos y no satisfechos con la evidencia de que a grandes pasos se le acercaba la muerte; cuanto más que se quejaban y desesperaban por ver en muchos puestos prominentes generales oriundos de las provincias revolucionadas, sin parar mientes en los grandes méritos contraídos durante la tremenda lucha; porque, en efecto, no es posible negar que no se encontraban en las filas de los libertadores guerreros más hábiles y meritorios; sin que pensemos en negar los enormes merecimientos de muchos granadinos ya sean militares o civiles.

Decimos, pues, que los sucesos de Venezuela fueron poderoso aliento para agudizar la revolución en Nueva Granada, que se dirigía a un punto más cercano y más fácil de alcanzar.

Cuando ocurrían las novedades de que estamos dando cuenta Bolívar andaba todavía en camino hacia la capital de la república. Conocedor del estado de los ánimos en Nueva Granada y de los insultos de que era víctima, herido en lo más íntimo por las calumnias que se le irrogaban, cada día era más aguda su intención de retirarse definitivamente del poder, y deseaba que fuera el Consejo de Gobierno quien instalase el congreso o convención que había de dar la constitución destinada a regir en lo sucesivo el país. Pero el Consejo de Gobierno, convencido de la dignidad e importancia de la ocasión, insistía en que apresurase la marcha para que se encontrase en la capital a tiempo.

Llegó el año 1830. El congreso constituyente había sido elegido con una limpieza ejemplar y sus bancas de la asamblea estaban destinadas a los hombres más notables que podían encontrarse en el país. El había de nombrar el presidente constitucional después de aprobar la carta sustitutiva de la de Cúcuta del año 21.

Aconteció que el dos de enero no había en la capital número suficiente de diputados para formar quorum. Sólo se hallaban en esa fecha 34 diputados de los 67 electos que debían formar el congreso constituyente. Con esos 34 no se completaban las dos terceras partes reglamentarias para formar quorum, y resolvieron constituir la "diputación" o sea, comisión encargada de calificar las credenciales, excitar la pronta llegada de los restantes y pedir al Libertador que apurase su marcha para llevar a cabo la instalación del agosto cuerpo. El Libertador, no obstante, no tenía interés alguno en aligerar su marcha, se sentía fatigado de cansancio, agobiado de deconsuelo, enfermo hasta la muerte. No cuenten más conmigo; ese congreso admirable por la brillantez y méritos de sus componentes haga su instalación, otorgue una carta fundamental, proceda a nombrar un gobierno constitucional. Bolívar no se daba prisa. Al fin hizo su entrada a Bogotá el 15 de enero de 1830, en medio de los acostumbrados honores populares y militares, última llamarada de una lámpara que para extinguirse no esperaba sino el transcurso de 11 meses y dos días. "Las calles del tránsito se adornaron cual nunca; todos los regimientos de milicias de caballería de la sabana en número de 3,000 hombres, formaron en la plaza y alameda de San Victorino; un batallón de línea y uno de milicias fuertes de 1,000 hombres, formaron en la carrera de San Victorino hasta el palacio. Puede asegurarse que todo el que tuvo

un caballo o pudo conseguirlo salió a encontrarlo. Los balcones, las ventanas, las torres estaban llenas de gente. Pero en tan grande multitud reinaba silencio triste más que animación. Las salvas de artillería, los repiques de las campanas, vibraban sin producir alegría. El instinto de las masas veía más bien en aquella solemnidad los funerales de la gran república que una entrada triunfal de su glorioso fundador. . . . . Cuando Bolívar se presentó yo vi algunas lágrimas derramarse. Pálido, extenuado; sus ojos tan brillantes y expresivos en sus bellos días, ya apagados; su voz honda, apenas perceptible, los perfiles de su rostro, todo, en fin, anunciaba en él excitando una vehemente simpatía, la próxima disolución de su cuerpo y el cercano principio de la vida inmortal". Con estas pinceladas maestras, con estos vívidos colores pone a nuestra vista un testigo presencial Joaquín Posada Gutiérrez, al hombre más grande de América ya en directo camino de sus funerales.

Y Bolívar se sentía morir. Cada día, cada incidente de esta época tormentosa debilitaba más sus fuerzas morales y le hacía perder esa energía con que en tantas ocasiones anteriores supo sortear situaciones que parecían imposibles de dominar.

Suelen tildar a Bolívar algunos escritores interesados de doblez y ocultación de miras en el trato con los demás. Quien sin más interés que la verdad estudia su vida se convence al punto de lo contrario. Su franqueza rayaba en la imprudencia, y ella en multitud de ocasiones le enajenó amigos de mucha valía. Estos meses de enero hasta abril de 1830 nos darán ocasión de mostrar estas cualidades que le hicieron pasar momentos muy desagradables.

Llegado el 15 de enero a Bogotá como hemos visto, acaso todavía no estaba completamente enterado de todos los detalles y el alcance de la revolución de Páez; pero seguramente no dejaba de comprender que ella daría al traste con la gloriosa unión colombiana, y para evitar una gran catástrofe, faltando él, único capaz de eludirla, iba convencido de que ese mal inevitable debería sancionarse antes que se produjera el caos, cuanto más que la disolución de Colombia era deseada también en Nueva Granada, donde se veía como una medida capaz de saciar muchas ambiciones; alejaría de los puestos públicos, por ejemplo, a tantos venezolanos que los ocupaban, mientras que en Venezuela no se encontraban funcionarios granadinos. Pero la separación iba a crear otros problemas de resolución bien difícil, que irán apareciendo en el curso de estas crónicas.

El Libertador, al día siguiente de su llegada, 16 de enero, recibió en audiencia pública al ministro de los Estados Unidos de

Norte América, Coronel Moore, y al comisionado francés Sr. Bresson; y a fe que debió de experimentar muy legítima satisfacción al oír expresar en medio del torbellino de pasiones que se amontonaban contra él, conceptos no por estrictamente verídicos y justos, menos honrosos y gratificantes, por venir de corazones tan excepcionalmente imparciales. Moore le dijo que él representaba un país que, como éste, había consumado su libertad tras una lucha larga y llena de peripecias; y que después de haber pasado por una revolución y las dificultades inevitables en los grandes cambios políticos había establecido un gobierno que merecía el respeto del género humano. Por eso era natural que él tomara vivo interés por un país que en su actual condición tanto se asemejaba al suyo al tiempo de su lucha revolucionaria. *“Este sentimiento es común con el pueblo de los Estados Unidos, y todas las clases se unen para admirar la firmeza, los talentos y el patriotismo desplegados por V.E. y sus heroicos compañeros en la reciente, sangrienta y desastrosa lucha con España. Este sentimiento en nadie obra con tanto ardor y entusiasmo como en el venerable patriota actual presidente de la Unión, cuya confianza en la pureza de los motivos de V.E. nunca se ha debilitado”*.

Y monsieur de Bresson le dijo textualmente: *“Uno de mis más vivos deseos se halla cumplido. Llamado por otros deberes fuera de Colombia, he retardado de día en día mi partida con la esperanza de gozar del honor que se me ha concedido en este momento. Si las circunstancias me hubieran privado de él, mi viaje me habría parecido incompleto y no habría cesado de sentirlo. V.E. vuelve a la capital de la república trayéndole una nueva paz. Yo ruego a V.E. reciba mis felicitaciones por el término feliz de una guerra tan funesta. No hay gloria más bella que la de un guerrero pacificador. Yo le ruego también, y expresándome así soy al mismo tiempo el intérprete de S.M. Cristianísima, se sirva V.E. aceptar los votos que formulo por la tranquilidad, felicidad y consolidación de Colombia y por la prosperidad de V.E.”*

Eran los sentimientos imparciales de hombres honrados que nada temían ni nada esperaban, testigos mudos de la infame campaña de persecución y muerte de un partido llamado exclusivamente “liberal” desde entonces, formado por hombres que en gran parte no habían puesto un grano de arena en la obra de su libertad, dádiva de aquél a quien calumniaban y ultrajaban inmisericordes.

No eran los únicos que esperaban al Libertador. Con ansiedad también le aguardaban los ciudadanos honrados, que concedores

de sus capacidades e influencia esperaban ver apagada la hoguera encendida por la ambición y demás pasiones disolventes que señoreaban el ambiente de la capital. Por desgracia el mal había penetrado tan hondo que ya era imposible de curarse. Como se ha visto, se le había hecho víctima de acusaciones sobre puntos adversados por él y actos cometidos por los jefes de los difamadores: el proyecto de monarquía que fue, entre otros, de Páez, adversado firmemente desde el principio por Bolívar; disposiciones ruinosas para el comercio, la agricultura y la industria, emanadas exclusivamente del mismo Páez y sus revolucionarios; destierros de ciudadanos efectuados por el mismo León de Apure: no había un solo cargo que pudiera cuadrar a ese "tirano" que en cambio mantenía un noble resentimiento contra Urdaneta y el difunto José María Córdova por atribuirles la responsabilidad de no haberle permitido en los días siguientes al 25 de septiembre dictar el decreto de perdón a los malhechores de esa triste noche, que él expresamente había ordenado redactar; y ahora, después de su llegada de la campaña del Sur, el "tirano", el "déspota" mandó dar salvoconductos a todos los desterrados por los sucesos de esa fecha, y que volvieran al seno de sus familias cuantos sufrían penas por esa misma causa.

Tareas civiles ocupan al Libertador entretanto. El gabinete hubo de reorganizarse: miembros del congreso constituyente habían sido elegidos el señor Estanislao Vergara, ministro de relaciones exteriores, y Bolívar lo reemplazó con el general Domingo Caicedo; el general Urdaneta, ministro de guerra y marina, sustituyó al general Pedro Alcántara Herrán; el ministro de lo interior, don José Manuel Restrepo, había renunciado y en su lugar se nombró al doctor Alejandro Osorio. Por su parte siguieron en sus puestos el ministro de hacienda don Nicolás N. Tanco y el Dr. Castillo, presidente del Consejo de Ministros y del Consejo de Estado.

Vengamos ahora al congreso constituyente. Pasar la vista por la nómina de sus componentes es justificar el calificativo que le dio el Libertador. Fue verdaderamente un "congreso admirable". No era posible encontrar hombres más honorables y meritorios, civiles o militares, en todo el ámbito de Colombia, bolivianos o "liberales"; no se ha visto después en 130 años elecciones más puras, más genuinamente representativas del querer nacional; imposible hallar políticos más leales a su conciencia e independientes de los caprichos y gustos de sus comitentes o de los intereses de los altos magistrados dispensadores de prebendas y

beneficios. Si de estos próceres hubiera dependido, con ellos se habría logrado lo que buscaba el Libertador: un orden de cosas permanente, fijo y duradero; pero ya se verá a qué resultado se llegó en las condiciones del país impuestas por la demagogia dominante.

El 20 de enero, presentes ya en la capital 47 diputados, número suficiente para formar quorum, se reunieron con los ministros de estado y con el Libertador en el palacio de gobierno, denominado más tarde palacio de San Carlos, y pasaron a la catedral a pedir luces al Altísimo en la misa del Espíritu Santo que se ofició al efecto. Solemnidad, recogimiento y pompa fueron las características dominantes en el acto que hacían resaltar las salvas de las tropas.

En el salón de sesiones del cuerpo legislativo a donde pasaron los altos dignatarios una vez terminado el sacrificio de la misa, el Libertador tomó el juramento de rigor a los diputados, y brevemente los arengó haciéndoles presente que la salvación de la patria estaba en sus manos.

Acto seguido se eligieron los dignatarios del cuerpo. Resultaron electos presidente y vicepresidente nada menos que el Gran Mariscal de Ayacucho, general Antonio José de Sucre, y el obispo de Santa Marta, monseñor José María Esteves. Don Simón Burgos, extraño a la diputación, fue escogido secretario. Sucre en una corta arenga, dio las gracias por su elección e hizo justicia a la destreza y acierto con que Bolívar había sabido gobernar en medio de la crisis de la república, convocando la representación nacional.

El Libertador a su turno, antes de retirarse, manifestó su complacencia por la reunión del "congreso admirable", dejándole presidido por "el más digno general de Colombia": he aquí otro rasgo de la genial franqueza de Bolívar, que como otros tantos le fue perjudicial. Una gran verdad eran esas palabras; pero no siempre conviene dejar escapar de la boca las verdades que anidan en la mente. En el congreso se hallaban también, como en todos los ámbitos del país, generales que si no tan eminentes como el gran mariscal de Ayacucho, sí más engreídos por sus indudables servicios, y más ambiciosos de elogios y nombradía. Desde luego, la imprudente declaración hizo resentirse al general Urdaneta y enfriar un tanto su vieja adhesión y estrecha amistad. Es verdad que al publicarse la narración de los hechos se modificó la imprudente frase así: "uno de los más dignos generales de Colombia"; pero era ya tarde; ya había penetrado la sutil gota convertida en veneno.

“Oiga, oiga”, soplaron en los oídos del general Urdaneta los señores Juan de Dios Aranzazu y Alejandro Vélez, diputados por Antioquia, entre los que se sentaba; dos de las brujas de Macbeth; “oiga el desprecio que hace el Libertador de los eminentes servicios de Ud. Y la chispa que ya había volado y depositádose en su pecho se agigantó en el acto: un nuevo resentido, obra de una verdad fuera de lugar manifestada. Como Urdaneta, no faltarían otros meritorios generales en su amor propio.

En el momento de retirarse el Libertador puso en manos del gran mariscal su mensaje al congreso, importante documento en que traza la trayectoria nacional desde la disolución de la convención de Ocaña cuando se vio obligado por las circunstancias a captar la dictadura ofrecida por las actas populares, para conjurar los excesos de las pasiones desbordadas que se habían congregado en las consignas que portaban los convencionales adversos a su persona, hasta el momento en que hacía sus manifestaciones. Pesimismo, desaliento, desborda este último gran documento del héroe; no podía ser de otro modo refiriéndose a la época aciaga; amor puro a la patria, ansiedad por su porvenir, celo por su buen nombre y por su propia gloria rebasa el documento. En este punto de la vida de Bolívar no hay quizás mejor manera de mostrar la diafanidad de su espíritu y la malevolencia de sus enemigos que reproducir íntegros el mensaje al congreso constituyente y la alocución que en el mismo día dirigió a sus conciudadanos: he aquí el.

### MENSAJE AL CONGRESO CONSTITUYENTE DE LA REPUBLICA DE COLOMBIA EN 1830

*“¡Conciudadanos! Séame permitido felicitaros por la reunión del congreso, que a nombre de la nación va a desempeñar los sublimes deberes de legislador.*

*“Ardua y grande es la obra de constituir un pueblo que sale de la opresión por medio de la anarquía y de la guerra civil, sin estar preparado previamente para recibir la saludable reforma a que aspiraba. Pero las lecciones de la historia, los ejemplos del viejo y nuevo mundo, la experiencia de veinte años de revolución han de servirnos como otros tantos anales colocados en medio de las tinieblas del futuro; y yo me lisonjeo de que vuestra sabiduría se eleva hasta el punto de poder dominar con fortaleza las pasiones de algunos y la ignorancia de la multitud; consultando, cuanto es debido, a la razón ilustrada de los hombres sensatos cuyos votos respetables son precioso auxilio para resolver las cuestiones de alta*

*política. Por lo demás hallaréis también consejos importantes que seguir en la naturaleza misma de nuestro país, que comprende las regiones elevadas de los Andes y las abrasadas riberas del Orinoco: examínadle en toda su extensión y aprenderéis en él y de la infalible maestra de los hombres, los que ha de dictar el congreso para la felicidad de los colombianos. Mucho os dirá nuestra historia, y mucho nuestras necesidades: pero todavía serán más persuasivos los gritos de nuestros dolores por falta de reposo y libertad segura.*

*“¡Dichoso el congreso si proporciona a Colombia el goce de estos bienes supremos por los cuales merecerá las más puras bendiciones!*

*“Convocado el congreso para componer el código fundamental que rija a la república, y para nombrar los altos funcionarios que la administren, es la obligación del gobierno instruíros de los conocimientos que poseen los respectivos ministerios de la situación presente del estado, para que podáis estatuir de un modo análogo a la naturaleza de las cosas. Toca al presidente de los Consejos de Estado y Ministerial manifestaros sus trabajos durante los últimos dieciocho meses: si ellos no han correspondido a las esperanzas que debimos prometernos, han superado al menos los obstáculos que oponían a la marcha de la administración las circunstancias turbulentas de la guerra exterior y convulsiones intestinas: males que gracias a la divina providencia, han calmado a beneficio de la clemencia y de la paz.*

*“Prestad vuestra soberana atención al origen y progreso de estos trastornos.*

*“Las turbaciones que desgraciadamente ocurrieron en 1826, me obligaron a venir del Perú, no obstante que estaba resuelto a no admitir la primera magistratura constitucional, para que había sido reelegido durante mi ausencia. Llamado con instancia para restablecer la concordia y evitar la guerra civil, yo no pude rehusar mis servicios a la patria, de quien recibía aquella nueva honra, y pruebas nada equívocas de confianza.*

*“La representación nacional entró a considerar las causas de discordias que agitaban los ánimos, y convencida de que subsistían, y de que debían adoptarse medidas radicales, se sometió a la necesidad de anticipar la reunión de la gran convención. Se instaló este cuerpo en medio de la exaltación de los partidos; y por lo mismo se disolvió sin que los miembros que lo componían hubiesen podido acordarse en las reformas que meditaban.*

*Viéndose amenazada la república de una disociación completa, fui obligado de nuevo a sostenerla en semejante crisis; y a no ser que el sentimiento nacional hubiera ocurrido prontamente a deliberar sobre su propia conservación, la república habría sido despedazada por las manos de sus propios ciudadanos. Ella quiso honrarme con su confianza, confianza que debí respetar como la más sagrada ley. ¿Cuando la patria iba a perecer podría yo vacilar?*

*“Las leyes que habían sido violadas con el estrépito de las armas y con las disensiones de los pueblos, carecían de fuerza. Ya el cuerpo legislativo había decretado, conociendo la necesidad, que se reuniese la asamblea que podía reformar la constitución, y ya, en fin, la convención había declarado unánimemente que la reforma era urgentísima. Tan solemne declaratoria unida a los antecedentes, dio un fallo formal contra el pacto político de Colombia. En la opinión, y de hecho, la constitución del año 11° dejó de existir.*

*“Horrible era la situación de la patria y más horrible la mía, porque me puso a discreción de los juicios y de las sospechas. No me detuvo sin embargo el menoscabo de una reputación adquirida en una larga serie de servicios, en que han sido necesarios y frecuentes, sacrificios semejantes.*

*“El decreto orgánico que expedí el 27 de agosto del 28 debió convencer a todos de que mi más ardiente deseo era el de descargarme del peso insoportable de una autoridad sin límites, y de que la república volviese a constituirse por medio de sus representantes. Pero apenas había empezado a ejercer las funciones de jefe supremo, cuando los elementos contrarios se desarrollaron con la violencia de las pasiones y la ferocidad de los crímenes. Se atentó contra mi vida; se encendió la guerra civil; se animó con este ejemplo, y por otros medios, al gobierno del Perú para que invadiese nuestros departamentos del Sur, con miras de conquista y usurpación. No me fundo, conciudadanos, en simples conjeturas: los hechos y los documentos que lo acreditan son auténticos. La guerra se hizo inevitable. El ejército del general La Mar es derrotado en Tarqui del modo más espléndido y glorioso por nuestras armas; y las reliquias se salvan por la generosidad de los vencedores. No obstante la magnanimidad de los colombianos, el general La Mar rompe de nuevo la guerra hollando los tratados; y abre por sus partes las hostilidades: mientras tanto yo respondo convidándole otra vez con la paz; pero él nos calumnia, nos ultraja con denuestos. El departamento de Guayaquil es la víctima de sus extravagantes pretensiones.*

*“Privados nosotros de marina militar, atajados por las inundaciones del invierno y por otros obstáculos, tuvimos que esperar la estación favorable para recuperar la plaza. En este intermedio un juicio nacional, según la expresión del jefe supremo del Perú, vindicó nuestra conducta, y libró a nuestros enemigos del general La Mar.*

*“Mirado así el aspecto político de aquella república, se nos facilitó la vía de las negociaciones, y por un armisticio recuperamos a Guayaquil. Por fin el 22 de septiembre se celebró el tratado de paz, que puso término a una guerra en que Colombia defendió sus derechos y su dignidad.*

*“Me congratulo con el congreso y con la nación por el resultado satisfactorio de los negocios del Sur: tanto por la conclusión de la guerra, como por las muestras nada equívocas de benevolencia que hemos recibido del gobierno peruano, confesando noblemente que fuimos provocados a la guerra con miras depravadas. Ningún gobierno ha satisfecho a otro como el del Perú al nuestro, por cuya magnanimidad es acreedor a la estimación más perfecta de nuestra parte.*

*“¡Conciudadanos! Si la paz se ha concluído con aquella moderación que era de esperarse entre pueblos hermanos que no debieron disparar sus armas consagradas a la libertad y a la mutua conservación, hemos usado también de lenidad con los desgraciados pueblos del Sur que se dejaron arrastrar a la guerra civil o fueron seducidos por los enemigos. Me es grato decirlos que para terminar las disensiones domésticas ni una sola gota de sangre ha empañado la vindicta de las leyes: y aunque un valiente general y sus secuaces han caído en el campo de la muerte, su castigo les vino de la mano del Altísimo, cuando de la nuestra habrían alcanzado la clemencia con que hemos tratado a los que han sobrevivido. Todos gozan de libertad a pesar de sus extravíos.*

*“Demasiado ha sufrido la patria con estos sacudimientos, que siempre recordaremos con dolor; y si algo puede mitigar nuestra aflicción, es el consuelo que tenemos de que ninguna parte se nos puede atribuir en su origen, y el haber sido tan generosos con nuestros adversarios cuando dependía de nuestras facultades. Nos duele ciertamente el sacrificio de algunos delincuentes en el altar de la justicia; y aunque el parricidio no merece indulgencia muchos de ellos la recibieron, sin embargo, de sus manos, y quizás los más crueles.*

*“Sírvanos de ejemplo este cuadro de horror que por desgracia mía he debido mostraros; sírvanos para el porvenir como aquellos*